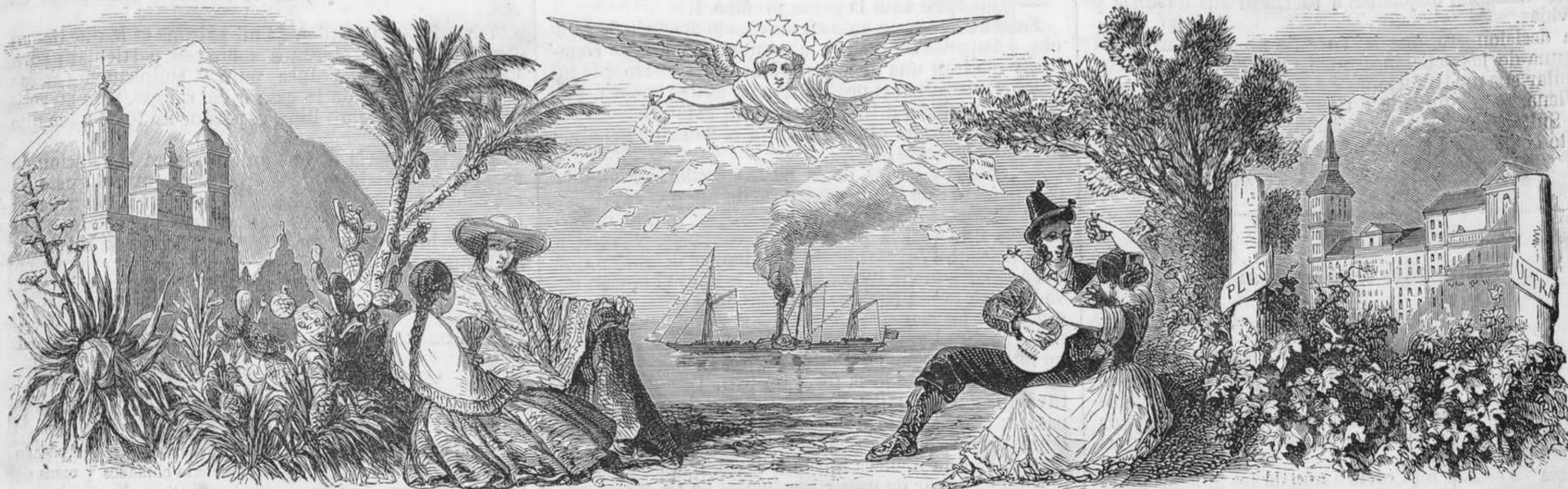


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 45.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

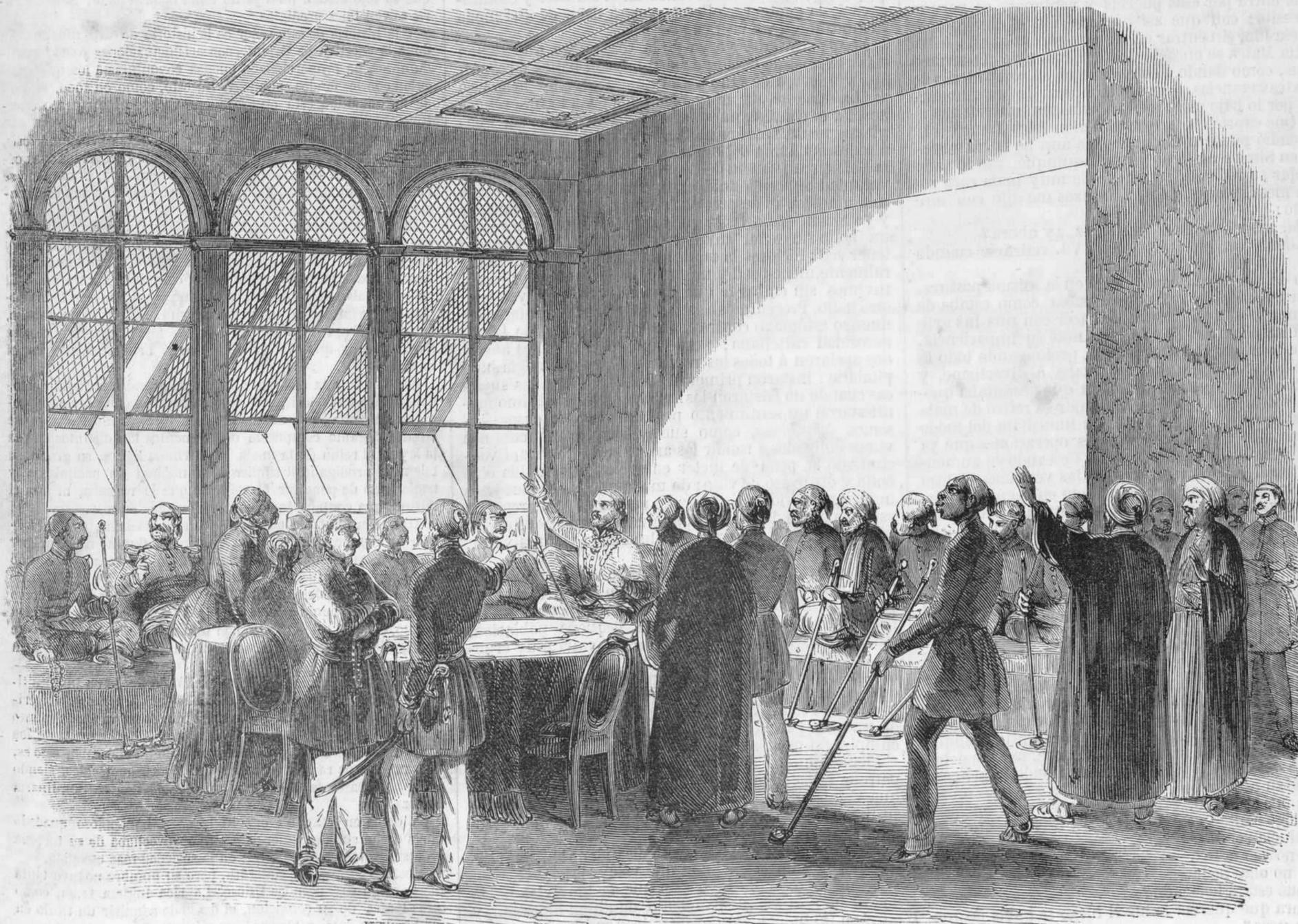
## SUMARIO.

El Divan en Constantinopla; grabado. — Un viaje á Simancas. — Historia de la semana. — Expedicion Norte-americana al Japon. — Cartas sobre la Escocia; grabados. — El Tulipan. — La Pasionaria. — Amena literatura. — Notas y recuerdos de la Habana; grabados. — Mi primo el mayor Molineux. — Montañas de nieve. — M. Fontaine; grabado. — Minas de cobre del Qued-Allah; grabados. — Novedades varias. — Boletín científico. — Revista de la moda. — Necrologia; grabados.

El grabado que encabeza este número representa uno de esos actos memorables que vivirán eternamente en la historia del siglo XIX. El 23 de setiembre el gobierno imperial convocó un gran consejo extraordinario para deliberar sobre la situacion; y este consejo que contaba unos doscientos miembros, se reunió en la Puerta, bajo la presidencia del gran visir, Mustafá-bajá. Componiase de los ministros en ejercicio, de los ex-ministros, de los grandes funcionarios civiles y militares, de los principales ulemas, de los provisores de las grandes mezquitas, y en fin, de todos los personajes mas elevados de Constantinopla.

A la apertura de la primera sesion, que duró seis horas, Reschid-bajá ministro de negocios extranjeros, expuso el estado de la cuestion pendiente; al otro dia se consagró la segunda sesion á recoger las opiniones y los votos de los miembros que formaban el consejo, que se pronunció por unanimidad en favor de todas las medidas necesarias para la defensa de los intereses nacionales.

El *Diario de Constantinopla* de quien tomamos estos detalles, dice que esta asamblea es la primera de este género que ha habido en Turquía; nunca, añade este periódico, hubo otra tan grave ni tan numerosa, y pue-



El Divan, en Constantinopla.

de decirse que cada uno de sus miembros ha probado por la libre expresion de su pensamiento que se hallaba á la altura del gran deber que les estaba encomendado á todos. Olvidando los peligros de la situacion, ninguno ha pensado en otra cosa que en la dignidad del trono, en los derechos y la independencia del imperio, y para conservarlos intactos todos han declarado que se hallaban dispuestos á sacrificar sus fortunas y sus vidas.

La decision era que la Turquía no podia acceder á ninguna de las peticiones que se le dirigian, es decir, á anular sus modificaciones ó á firmar sin ellas la nota de Viena. Esto equivalia á una declaracion de guerra, y el Sultan confirmó la decision, declarando formalmente la guerra á la Rusia.

### Un viaje á Simancas.

(Artículo segundo.)

Mis lectores recordarán que la tía Calesparra esperaba á un francés de Valladolid, y en efecto este francés tardó poco en llegar á Simancas, donde se hizo amigo de otro francés de Medina del Campo que es el que tiene el honor de escribir estos renglones. Explicaré la causa de estas relaciones amistosas.

Habia yo escrito una carta á uno de los muchos amigos que tengo en Madrid, y trataba de cerrarla con la cre, segun la moda de entonces, para lo cual pedí una luz á mi patrona. La pobre tía Matea, que no habia visto jamás cerrar una carta con la cre, no podia concebir la necesidad que pudiera yo tener de la luz artificial á las once de la mañana.

— ¿Qué quiere Vd. señor? me dijo.

— Que me traiga Vd., una vela encendida.

— ¿Una vela encendida?

— Sí, señora, una vela, un velon, y aun que sea un candil, porque lo que yo necesito es una luz.

Cuanta mas firmeza manifestaba yo en mi propósito de emplear aquellas horas la luz artificial, mas y mas crecia el asombro, por no decir la consternacion, de mi patrona. Ella veia por la seriedad de mi semblante que yo no me chanceaba, y sin embargo mi peticion era en su concepto tan chocante, tan inverosímil, que todavia ántes de obedecerme se atrevió á replicar:

— Pero señor, ¿para qué quiere Vd. la luz con un sol tan hermoso como el que está entrando por todas las ventanas y puertas de mi casa?

— Señora, dije yo, cuando pido una luz, á pesar del sol que entra por esas puertas y ventanas, es porque la necesito; con que así hágame Vd. el obsequio de traer esa luz, sin entrar en mas averiguaciones.

La tía Matea se encogió de hombros, hizo un arqueado de cejas, como dando á entender que se compadecia de mis extravagancias, y se fué á buscar la luz murmurando por lo bajo estas y otras palabras equivalentes:

— ¡Qué caprichos tan raros tienen estos franceses!

Encendió pues un velon, porque aun no habia penetrado en Simancas la mejora del quinqué, me lo trajo sin dejar su refunfuño, lo puso de muy mala cara sobre la mesa, y cruzándose de brazos me dijo con aire resuelto:

— Ea, señor, ya tiene Vd. la luz, ¿y ahora?

— Ahora, contesté yo, puede Vd. retirarse cuando guste.

Pero la tía Matea permaneció en la misma postura, sin dar señales de retirarse, ansiosa como estaba de averiguar lo que yo trataba de hacer con una luz artificial á la mitad del día. Yo, que noté su impaciencia, tomé la cosa por el lado cómico, prolongando todo lo posible aquella escena que empezaba á divertirme, y con este objeto dije á mi patrona que necesitaba quedarme solo en mi cuarto. La mujer se retiró de mala gana, situándose en la habitacion inmediata del modo mas á propósito para observar mis operaciones que ya la iban pareciendo nigrománticas. Deseando yo aumentar su perplejidad, cerré primero las ventanas y luego la puerta de mi cuarto, procediendo en seguida á cerrar la carta, en lo que, como es natural, tardé poco tiempo; pero no por eso abrí la puerta, ántes bien, eché por dentro el cerrojo, apagué la luz, y me senté guardando un silencio tan profundo como la oscuridad que me rodeaba. Y esta oscuridad era completa, pues la escasa luz que hubiera podido penetrar por el ojo de la llave estaba interceptada por la patrona que se habia clavado allí deseosa de ver siempre ó escuchar lo que yo hacia; pero la buena mujer no veia nada por estar el cuarto á oscuras, y nada podia oír por la sencilla razon de que yo no hacia el menor ruido. Mas bien era yo el que veia de cuando en cuando la punta de la nariz de la tía Matea y oia el cuchicheo que traia con la buena Forosa, que este era el nombre de su hija, aunque realmente la muchacha no tenia nombre, porque debia llamarse Sinforosa, y habiendo eliminado la primera sílaba de su nombre, resultaba una Forosa, sin-Forosa. Pero vamos al hecho, y el hecho es que yo escuchaba este diálogo cantado en el tono de *sol re grave* que apenas producía sonido:

— Yo no veo la luz.

— Yo no oigo nada.

— ¿Qué estará haciendo?

— ¿Para qué querria la luz si luego se habia de quedar á oscuras?

— El diablo son estos franceses.

— Alguna brujería.

— ¿Porqué no se quedó Vd. dentro?

— Porque... en fin, porque *velay*.

Levantéme yo entonces sin hacer ruido alguno, y me encaminé de puntillas hasta la puerta donde di un fuerte golpe con la palma de la mano derecha, diciendo al mismo tiempo con toda la fuerza de mis pulmones:

— ¡Qué hace aquí la gente profana!!!

Echen ustedes un gato en un cuarto atestado de ratones, ó disparen un fusil en un campo cuajado de conejos, y tendrán una idea aproximada del efecto que mi golpe y mis palabras producirian en aquella casa y aun en toda la calle. La tía Matea por un lado y Forosa por otro corrian como alma que lleva el demonio gritando desesperadamente:

— ¡Santos y santas de la corte celestial! ¡libradnos del enemigo que se ha apoderado de nuestra casa!

La broma se iba haciendo pesada, por lo que resolví ponerla fin. Abrí la puerta y las ventanas, y volví á sentarme, muy distante de imaginar el desenlace que iba á tener aquella inocente farsa. Pronto ví la casa invadida por gente fanática de todas las clases y sexos, que al oír los clamores de la tía Matea y de su hija venia en actitud amenazante á saber lo que pasaba, y si no hubieran llegado á tiempo algunas autoridades, podia haberme costado la torta un pan. De todos modos tuve que dar al público una explicacion de lo que habia pasado, con lo cual se aquietaron los ánimos, convirtiéndose en risa general el terror que inspiraba la aventura, y de esta manera me gané las simpatías de la poblacion en lugar de morir por brujo. La tía Matea me pidió mil perdones, su hija me prometió regalarme el oído con las canciones que tanto me agradaban, las autoridades me ofrecieron su proteccion, y un jóven elegante me brindó con su amistad. Este jóven, llamado Fuentes, de quien no he vuelto á tener noticias, era precisamente el sugeto á quien la vieja Calesparra titulaba *el francés de Valladolid*.

Al día siguiente de esta ocurrencia, pasé á casa del amigo Fuentes, que tenia algunos libros muy raros y muy buenos, figurando entre ellos las obras de Fray Luis de Granada, impresas en dos tomos en folio que parecian dos misales de la iglesia del Escorial. Le dije que me prestase aquellos libros por unos días, y me los remitió al momento; es decir, no tan al momento, pues el patron de la casa, que era un hijo de la tía Calesparra, hombre lleno de fuerza y de salud, tuvo que hacer dos viajes para llevarme los tales libros. En fin, despues de esas muestras de atencion que las personas se dan cuando simpatizan, el amigo Fuentes quiso presentarme en varias casas del pueblo donde él tenia buenas y muchas relaciones. Yo acepté con gusto la proposicion, y, para que mis lectores conozcan el carácter y costumbres de la gente castellana, voy á decir de qué modo hicimos nuestras visitas.

No me acordaba yo ya de la costumbre que tienen mis paisanos de obsequiar siempre con bollos ó rosquillas y un vaso de vino á cualquiera que les hace una visita, dándose por muy ofendidos cuando uno rehusa aceptar el convite, pues en los pueblos no pueden imaginar que un hombre no tenga ganas de comer y beber á todas las horas del día ó de la noche, por cuya razon la sola circunstancia de no aceptar lo que de tan buena voluntad ofrecen los aldeanos, es mirada por estos como una muestra de desprecio. Así es que mi amigo Fuentes y yo hicimos una visita que nos costó la pena de comer un bollo sin tener gana, y beber un vaso de vino sin tener sed: hicimos la segunda visita, y teniendo naturalmente ménos sed y ménos gana que en la primera, tuvimos sin embargo que apurar otro vaso y tragar otro bollo. Procedimos á la tercera, rezultos á defender nuestro estómago contra los tenaces ataques de la generosidad castellana; pero todo fué inútil: los aldeanos apelaron á todos los recursos de su estrategia hospitalaria; instaron primeramente, llegaron á las súplicas cuando no bastaron las instancias, y por último manifestaron un sentimiento profundo de que despreciasemos *su pobreza*, como suelen decir, con lo cual nos vimos obligados á rendir las armas, costándonos el vencimiento la pena de meter entre pecho y espalda otro bollo y otro vaso de vino; de modo que si despues nos hubieran convidado á almorzar, podiamos haber repetido estas palabras de cierto individuo pronunciadas en un caso análogo: « Gracias; he almorzado ya tres veces, y además es día de ayuno... »

Para no exponernos á una indigestion de las mas serias consecuencias, resolvimos no hacer mas que una visita por día, costándonos cerca de un mes el conocer á las personas principales de aquella pequeña poblacion. Pero aseguro á Vds. que el primer día sufrí muy crueles angustias con las tales costumbres castellanas, por lo cual me retiré á casa donde pensaba tomar una taza de té, cosa imposible, porque en Simancas, á no hacer lo de aquel tonto de capirote que cocia una *T arrancada* de un libro para beber el caldo, no hubiera podido cumplir mi propósito.

Llegué, pues, á mi casa, y encontré á la hija de mi patrona recostada en la tapia exterior, llorando como una Magdalena, y como yo la preguntase la causa de su llanto, respondió sin interrumpir sus lágrimas y sollozos:

— ¡Si una replica, la llaman replicandona!... ¡y si calla, que hace burla!... ¡Con qué *velay*!!!!...

Deduciendo yo de todo esto que la tía Matea habia dado á su hija algun otro bollo de difícil digestion, y entré en mi habitacion por no entrar en los pormenores de la refriega.

— Señor, me dijo la patrona al verme; ahí le han

traído á Vd. dos libros que... como los haya Vd. de leer... trabajo le mando.

Pues mire Vd., contesté yo sonriendo, ahí donde Vd. ve esos libros, están escritos por un fraile.

— ¿Por un fraile? replicó la tía Matea; ¡que poco tendria que hacer el buen señor!... Si hubiera tenido que hacer tanto como yo, no se hubiera entretenido en eso.

Y en efecto, la opinion de mi patrona es la que tienen generalmente los aldeanos sobre este particular; para ellos el trabajo se reduce pura y simplemente á las faenas ordinarias de la casa ó del campo, y en su concepto el que hace un libro es porque no tiene nada que hacer.

Aquí terminaria de cualquier manera la relacion de este pequeño viaje, si no fuera porque tuve el gusto de ser convidado y asistir á una cacería, cuya descripcion ofrezco á mis lectores para el número inmediato, en el cual diré lo poco que me falta decir acerca de mi viaje á Simancas.

J. M. VILLER GAS.

### Historia de la semana.

Todos los años por esta época, los parisienses que han pasado el buen tiempo en los campos ó corriendo ciudades y casas de baños, encuentran á su vuelta muchos motivos de asombro en este Paris donde ocurren tantos acontecimientos, chicos y grandes, en el espacio de media docena de meses. Los viajeros, como es consiguiente, lo ignoran todo, y este año parece que abundarán las sorpresas.

La escena parisiense hormiguea ya de personajes que se presentan en ella bajo un nuevo aspecto, favorable por supuesto, pues las víctimas de los rigores de la fortuna no figuran jamás en este teatro de vanidades y oropeles. De este modo, pues, mientras se abren los salones y los bailes, la gente que no tiene en que entretenerse se pregunta en los paseos y en los teatros, al ver una cara nueva en el mundo de la moda:

— ¿Quién es ese?

— Ese, responde otro, es aquel elegante de malas trazas que el invierno último no salia de su casa mas que de noche huyendo el cuerpo de sus acreedores; que comia en secreto, que se deslizaba solitario en las tinieblas sin amigos ni amigas, y que hoy posee magníficos carruajes con brillantes caballos, y marcha con la cabeza erguida, llevando en pos de sí un par de lacayos que meten miedo.

— ¡Buena resurreccion! ¿Habrá hecho nuevas deudas?

— Al contrario, ha pagado todas las que tenia, lo mismo que su lujo actual, pues ya no toma nada al fiado. Solo en Paris se ven tales prodigios.

Y la historia de este señor es la historia de otros muchos. Sin duda la cuestion de Oriente, con sus fluctuaciones y sus incertidumbres, ha proporcionado buenas coyunturas á los que especulan con los fondos públicos. En esto, como en todo, el *quid* de la dificultad está en saber aprovechar el momento oportuno.

Pero no solo en Paris se han verificado tales metamorfosis, los que salieron de la capital con direccion á los baños mas célebres en busca de aventuras, van volviendo ya, unos como se fueron, y son los mas, y otros habiendo realizado sus esperanzas ambiciosas.

Entre estos últimos, se cita á un jóven de origen misterioso, que ocultaba bajo el nombre de Alberto el apellido prosaico y vulgar que le habia transmitido su madre, pobre mujer que murió cuando su hijo apenas habia cumplido cuatro años. El padre se habia ocultado siempre, aunque no por esto habia dejado de portarse con la criatura como era debido, tanto que, cuando el jóven llegó á su mayoría, tomó posesion de una buena renta que le permitia vivir brillantemente en el mundo.

Provisto de esta fortuna y dotado de grandes ventajas personales, Alberto pudo introducirse en las filas de la juventud dorada, y á pesar de su nacimiento equívoco, formó parte de ese círculo elegante compuesto de elementos tan distintos que da la ley en el reino de la moda. Su hermosa figura, su gracia, su talento y prodigalidad suplieron la nobleza de nacimiento, y nadie trató de penetrar el misterio que le rodeaba, ni aun él mismo, que contaba á su bienhechor como difunto.

Alberto era notable aun entre los mas célebres; solo le faltaba un nombre ilustre, un título, para figurar en el primer puesto. Esta fué quizás la causa de su ruina, pues se empeñó en reemplazar á fuerza de lujo aquella falta. No habia conde ni marqués que derramara el oro en tanta abundancia como Alberto, y cuando no le quedó nada, lo que le sucedió bien pronto, soportó este desastre con un valor estoico, consolándose con la idea de adquirir una nueva fortuna mediante un buen matrimonio.

Poseido de esta idea luminosa, salió de Paris en junio último á caza de una ocasion favorable para intentar el experimento, y efectivamente aquella no se hizo esperar, pues al punto que el jóven se presentó en Baden, residencia favorita de los elegantes de todos los países, encontró lo que buscaba, esto es, una mujer que reunia todas las cualidades apetecidas, siendo jóven aun, bastante linda, y sobre todo de una extraordinaria riqueza.

La dama en cuestion era inglesa, y habiéndose quedado viuda de un simple comerciante, se aprovechaba de su fortuna y de su libertad para lanzarse en la sociedad mas escogida.

Alberto la gustó por su figura, pero su nombre no tuvo tanta suerte como sus prendas físicas. La rica inglesa tenia, como otras tantas de su condicion, el deseo de adquirir un título en cambio de su dote, y Alberto no era noble.

Otro pretendiente aspiraba tambien á su blanca mano; este era un alemán muy noble, con muchos pergamines, muchas

crucos y un título de baron, pero desgraciadamente era viejo y feo. Su nobleza se remontaba al tiempo de las cruzadas, y su persona era del siglo último, pero lo mismo que el elegante parisiense tenía ambición de dinero.

La inglesa estaba indecisa entre su orgullo y sus inclinaciones. Su corazón hablaba en favor del joven, pero su vanidad estaba por el alemán de los pergaminos y las cruces.

— ¡Qué lástima, decía para sí, que de ambos pretendientes no se pueda hacer uno solo con la figura y edad del francés, y el nombre y el título del alemán!

En su indecisión probablemente no se habría casado con ninguno de ellos, si una circunstancia imprevista no hubiera allanado las dificultades.

Alberto creyendo que su rival era causa de la incertidumbre de la viuda, le desafió; el baron, aunque rayaba en los cincuenta y cinco, estaba muy distante de querer aparentar su decadencia; además tenía una reputación muy bien establecida de ser diestro al florete, y podía dar una buena lección al atrevido joven.

Y sin embargo, el pobre viejo no se hacía ya grandes ilusiones; había concluido por comprender que su edad le quitaba toda esperanza de casarse con la viuda, que su causa estaba perdida, y que debía renunciar á la fortuna y resignarse á pasar el resto de su vida en un rincón, pues á medida que iba pasando tiempo, se iban disminuyendo también sus probabilidades de encontrar lo que buscaba con tanto anhelo.

El desafío aquel no le consolaba en lo más mínimo, pero no obstante se presentó en el sitio designado con un rostro risueño, como si llevase en la mente una buena idea.

Ya estaban terminados los preliminares del combate, y ya se iba á dar la señal de cruzar los aceros, cuando de repente se apareció la inglesa desolada, suplicando á los combatientes que renunciaran á aquella pelea.

— No hay nada que temer, señora, dijo friamente el baron; el duelo no tendrá lugar, he querido que lleguen las cosas á este punto, pero aquí me habría detenido, pues pensaba tomar la palabra cuando se ha presentado Vd. en medio de nosotros.

— ¿Qué significa eso? preguntó Alberto.

— Significa que ya no nos batiremos, respondió el baron.

— ¡Ah! Pues yo soy de la opinión contraria, y sostengo que nos batiremos á muerte.

— ¡Desgraciado! repuso el alemán con voz estentórea, ¿quieres batirme con tu padre?

— ¡Cómo! ¿Qué está Vd. diciendo? exclamó Alberto estupefacto.

— Arroja lejos de tí ese hierro parricida, continuó el baron, y precipítate en mis brazos.

— ¿Es cierto?...

— Sí; he querido ver si tu corazón estaba mudo, si la sangre nada te decía, y por eso esperé hasta el último momento, y en efecto, nada te ha dicho; ibas á verter mi sangre, que es la tuya... pero ahora que me oyes, te conmueves, ya estás desarmado, ya eres dichoso; ¡ven que te estreche entre mis brazos!

Y el baron asiendo al joven que parecía inmóvil y cortado, le abrazó con delirio, exclamando:

— ¡Oh naturaleza, qué grande eres!...

Los que presenciaban esta escena se hallaban atónitos de asombro como era consiguiente. El combate era imposible ya, los padrinos se retiraron, y cuando el baron, Alberto y la inglesa se quedaron solos, el joven exclamó con un tono algo brusco para un hijo:

— ¿En qué quedamos? ¿Es verdad que es Vd. mi padre?

— Escúchenme Vds., dijo el baron dirigiéndose á sus dos oyentes, esta noche he reflexionado con detenimiento sobre nuestras posiciones respectivas; la víspera de un desafío se duerme poco, y me ha ocurrido una idea que puesta en práctica, me parece un buen arreglo.

— Veamos pronto.

— Yo no soy su padre de Vd., pero puedo pasar por tal, y para eso no necesito sino su consentimiento, pues yo le reconoceré á Vd. legalmente para que pueda tomar de derecho mi nombre y mi título. El hijo de un baron alemán, es baron como su padre; con que ya es Vd. noble; reúne Vd. todas las cualidades que desea esta señora en su segundo esposo; el matrimonio se realiza, yo me contento con el papel de padre, y á un padre no le niegan una buena pensión sus hijos cuando son ricos. ¿Conviene el negocio?

Sin duda les convino, pues Alberto ha ingresado nuevamente en París en las filas del ejército *fashionable*.

Las mesas que hablan y que bailan han puesto á la moda el somnambulismo, que se había desacreditado mucho últimamente. Ya se ve; si un cuerpo inanimado cuenta las horas del día, adivina los nombres de las personas y hace otra porción de prodigios, ¿cómo una persona dotada de facultades intelectuales no ha de hacer algo más sorprendente que todo aquello?

He aquí, pues, un caso de revelación magnética, que ha roto un matrimonio en vísperas de llevarse á cabo.

En una de las principales ciudades del Mediodía de la Francia vive una señorita hija de una familia de las principales del departamento. Un joven de París que había pasado á aquella localidad á sus negocios, la vió, se enamoró de ella, y como era rico, obtuvo fácilmente el consentimiento de los padres, que arreglaron al punto la boda. El futuro esposo debió volverse á París para tomar sus disposiciones y comprar los regalos con que pensaba deslumbrar á su prometida, pero antes de separarse del objeto amado, le pidió, para distraerse en el aburrimiento de la ausencia, una trenza de sus cabellos, que la joven no titubeó en acordar al que tan luego iba á ser su marido.

Pero he aquí que en París nuestro enamorado, sea que hubiese tenido un mal sueño, ó que le hubiese faltado un día la carta de su futura, se alarmó, y hubo de imaginarse que la joven estaba enferma.

— ¿Quién sabe, decía para sus adentros, si mientras yo me divierto y me río, ella está acometida de una enfermedad gra-

ve? ¿Qué haré para tranquilizarme? Voy á consultar á una somnábula, á ver lo que me dice.

La pícaro trenza de cabellos le sugirió esta idea, y al punto corrió á casa de una de esas sibilas cuyos nombres y prodigios vemos anunciados diariamente en los periódicos.

La somnábula examinó el pelo, estando bien dormida, y dijo con su voz solemne:

— La mujer á quien pertenecen estos cabellos ha amado mucho; y ha sufrido mucho.

— ¿Qué está Vd. diciendo?

— Digo que las penas del corazón y la borrasca de las pasiones le han atormentado en extremo; ¡pobre criatura, se ha quedado viuda hace dos años!

— ¡Esta somnábula es muy torpe! repuso el joven encojiéndose de hombros desdeñosamente.

Hasta ahora no ha habido ejemplo de que una somnábula se haya incomodado, en el ejercicio de sus funciones, por nada de cuanto se le diga; la sibila prosiguió:

— ¡Viuda por muerte ó abandono del hombre á quien amaba!...

— Basta; cesad de profanar esos cabellos y la persona á quien pertenecen, que no es una viuda sino una joven soltera.

— Entonces está viuda porque la han abandonado.

El joven, furioso, prorumpió en invectivas contra la somnábula, pero esta siempre impasible repuso que no se engañaba, y en prueba de ello dijo la ciudad en que vivía la joven, indicó la calle y la casa, hizo su retrato, y después de otros muchos pormenores añadió:

— Ahora mismo la veo, está llorando.

— ¿Mi ausencia?

— No; está junto á una mesa, escribiendo una carta al que es causa de sus penas, y le dice: «Adios para siempre; ¡por qué me has abandonado! Hemos sido tan dichosos; pero hoy ya es demasiado tarde; he dado mi palabra de casar-me con otro, y me casaré.»

— ¡Eso lo veremos! dijo el joven que salió después de haber pagado cuatro duros por su consulta.

Atormentado por crueles sospechas, se fué en derechura á la ciudad donde estaba su amada, y á escondidas tomó informes que le obligaron á reconocer que no se había equivocado la somnábula; la trenza de cabellos había declarado á la sibila la verdad del caso.

Claro es que el matrimonio se acabó, como hemos dicho; ahora solo nos falta añadir que esta anécdota servirá de lección á las imprudentes que regalan trenzas de sus cabellos, en los países donde hay somnábulas.

MARIANO URRABIETA.

29 de octubre de 1853.

### Expedición Norte-americana al Japon.

He aquí en qué términos refiere el *China Mail* la recepción hecha al plenipotenciario norte-americano por las autoridades japonesas:

«La escuadra compuesta de dos fragatas de vapor, el *Susquehanna* y el *Mississippi*, y de dos bricks, el *Flymouth* y *Saratoga*, se dió á la vela en Napakiang, desde las islas Lion-Tchon, el 2 de julio último. En la mañana del 8 dobló el cabo Idzon, cerca de la entrada de la bahía de Yedo, y avanzando hacia el interior, echó el ancla por la tarde enfrente de la ciudad de Ouraga, á una milla escasa del anclaje que ocupó antes el *Morisson* y el *Columbus*. La aparición de los vapores desconocidos hasta entonces en el Japon, remolcando dos bricks de vela, y adelantándose con la rapidez de diez millas por hora, parece que produjo mucha sensación entre los japoneses. Los numerosos juncos de comercio que poblaban la bahía tuvieron cuidado de alinearse para dejar paso á las fragatas.

«En el momento de anclar los cuatro buques, dos cañonazos partieron de la batería colocada á una media legua, mas bien para dar un aviso que como muestra de intenciones hostiles. Muchos barcos de policía rodearon en seguida los buques, y los que los montaban se esforzaron por entregar á bordo las notificaciones de costumbre respecto de los extranjeros para que se fueran. Pero estas notificaciones fueron rehusadas; y el teniente gobernador de Ouraga, el único japonés recibido por el comandante del *Susquehanna* fué advertido de que si las autoridades del país cercaban la escuadra con barcos y chalupas, su conducta acarrearía fatales consecuencias. Algunos permanecieron no obstante esto en las inmediaciones, pero los preparativos belicosos de los vapores les hicieron comprender que el comodoro Perry estaba resuelto á todo; y en seguida se dispersaron. Desde aquel momento, ninguna embarcación, excepto las de las autoridades, se acercó á los buques durante su permanencia en la bahía.

Al día siguiente, Yezaimon, gobernador de Ouraga, funcionario de tercer orden, vino á bordo, y después de haber sabido el objeto de la visita, pidió tiempo para trasmitirla por un pliego á Yedo, y recibir instrucciones del gobierno acerca de la conducta que debía observar.

Durante los tres días que se pasaron mientras venia la respuesta, el *Mississippi* hizo una excursión por el interior de la bahía, avanzando cerca de diez millas y hallando agua por todas partes con suficiente profundidad. Mas allá del promontorio de Ouraga, punto que ningún buque extranjero había todavía traspasado, el comandante y los oficiales del vapor descubrieron un ancon ancho y bueno, protegido por dos lenguas de tierra, y ofreciendo un anclaje tan seguro como cómodo.

» Remontando la bahía, el *Mississippi* fué seguido por

los barcos del gobierno japonés; pero ninguno pensó en oponer obstáculo al buque ni á las chalupas que hacían sondaduras. La escuadra parecía que no estorbaba el comercio interior, porque los juncos iban y venían en todas direcciones.

» El 12 de julio llegó la respuesta de Yedo, anunciando que el emperador había nombrado á un funcionario de primera clase para que se presentara en Ouraga á recibir el mensaje del presidente de los Estados- Unidos. Habiendo dado pruebas convincentes al comodoro Perry de que este nombramiento emanaba del emperador directamente, fué convenido que la entrevista tendría lugar en la mañana del 14. Sin embargo, el gobernador de Ouraga manifestó al comodoro que Nangasaki era el punto único en que se podía negociar con el gobierno japonés; pero se le respondió que tal pretensión le parecía al comodoro un insulto hecho á los Estados- Unidos.

» Los japoneses eligieron pues para la recepción la pequeña ciudad de Gori-Hama, situada á una legua al Sur de Ouraga. El 14 por la mañana, el *Susquehanna* y el *Mississippi* se dirigieron á lo largo de la costa hacia esta población, y anclaron allí. El gobernador de Ouraga, su teniente y el comandante de las fuerzas militares vinieron á bordo para asistir al desembarco del comodoro. Tres casas fueron dispuestas por los japoneses; una de ellas para recibir al comodoro y su escolta, las otras dos para los personajes que habían venido de Yedo con la misión de llevar al emperador el mensaje americano. Los oficiales, los soldados y los marineros que acompañaron al comodoro subía solo á 400, en tanto que la fuerza de los japoneses era de 3 á 7,000 hombres. Sus filas se extendían al rededor de la cabeza del ancon, en el espacio de una milla, presentando con sus escudos de color escarlata y sus banderas de todas formas un golpe de vista verdaderamente imponente.

» El comodoro fué escoltado con mucha pompa, precedido por banderas estrelladas de los Estados- Unidos, y una música que ejecutaba el himno nacional *viva Colombia!* hasta que llegando á la casa de recepción, vió salirle al encuentro al príncipe de Idzou, primer consejero del emperador, y al príncipe de Iwami. El mensaje del presidente y las credenciales del comodoro fueron entregados mediante recibo firmado por los príncipes. La entrevista acabó así, porque los dos enviados japoneses no tenían poderes para negociar. El comodoro les declaró que para dar tiempo al gobierno japonés para deliberar, él partiría dentro de tres ó cuatro días, y volvería por la respuesta trascurridos algunos meses.

» Esta fué la única vez en que el comodoro se puso en contacto con las autoridades japonesas. El no había recibido al gobernador de Ouraga por no tener el rango del plenipotenciario americano, y todas las negociaciones tuvieron lugar antes y después de la entrevista oficial, por medio del comandante Buchanan y del estado mayor del comodoro.

» El gobernador de Ouraga, su teniente, sus intérpretes, y su acompañamiento, fueron convidados á bordo del vapor *Susquehanna*, y allí vieron por primera vez la máquina en movimiento.

» La escuadra se dirigió el mismo día á través de la bahía hacia la orilla Este, y en seguida avanzó hasta el punto donde fué la víspera el *Mississippi*.

» Al día siguiente el comodoro Perry montó á bordo de este buque, y se hizo conducir diez millas mas lejos, es decir á 20 de Ouraga. Desde el puente de la fragata pudo descubrir el ojo multitud de juncos anclados á siete ú ocho millas mas al Norte; por el número de barcos que había, que entraban y salían, se pensó que aquella sería la rada de la capital. Los oficiales de los dos vapores hablan con admiración de la belleza de las costas, del buen cultivo y de la rica vegetación que apercebieron por todas partes. Los indígenas con que trataron les parecieron corteses y bien dispuestos, y el gobernador de Ouraga fué declarado modelo de urbanidad y buenos modales.

» La víspera de la partida de la escuadra vino este mismo gobernador á bordo del *Susquehanna* á ofrecer presentes de lacas y otros productos de la industria japonesa.

Los oficiales prepararon por su parte una colección de objetos que fué menester obligarle á recibir, porque se negaba diciendo que no podía violar la ley de su país. Pero amenazado de ver desechados sus regalos, consintió en ello. Al día siguiente envió porción grande de aves de toda especie, en cambio de simiente de grano americano, que parece que lo sorprendió agradablemente, teniendo ya permiso de sus superiores para recibir los obsequios de los oficiales.

» A pesar de las concesiones reiteradas que las autoridades japonesas se vieron obligadas á hacer en cierto modo al comodoro Perry, su conducta parece que fué amable y casi cordial. Despidiéronse de sus huéspedes con muestras verdaderas de sentimiento.

» La escuadra partió de la bahía de Yedo el 17 de julio, y después de haber sufrido un temporal el 21, llegó á las islas Lion-Tchon el 23. Las dos fragatas estaban de vuelta en Hong-Kong el 7 de agosto por la tarde.

### Cartas sobre la Escocia.

III.

Estimados amigos:

Algunos días después de mi llegada á Glasgow, me puse en camino para visitar el Norte de la Escocia. Poco



El lago Katrine.

tengo que decir de Glasgow á los que conocen los barrios bajos de L6ndres. Si tentados por la curiosidad tienen ustedes el valor de internarse entre esa muchedumbre miserable, les aconsejo que ante todo descarguen de todo peso los bolsillos, y se abotonen el gaban hasta la barba sin lo cual algunos instantes despues... ya seria demasiado tarde. Dejemos este espect6culo que ofende á la vista y llena el coraz6n de tristeza; pasemos á contemplar los transparentes lagos de la Escocia.

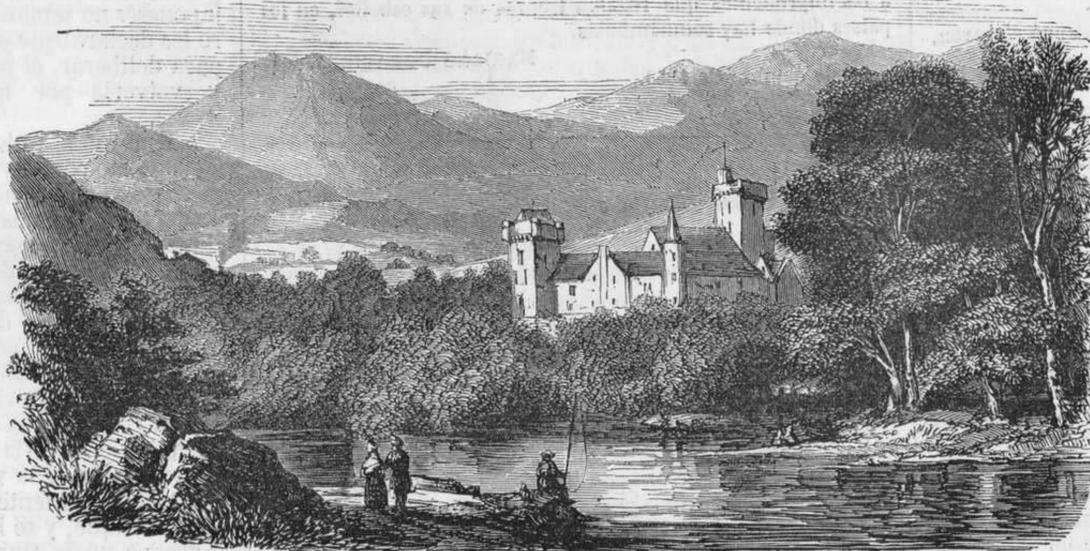
De todas las cosas bellas de que es tan pr6diga la naturaleza, la que tiene para mí mayor encanto, es la vista del mar 6 de un gran lago. ¡Qu6 majestad en las líneas! ¡Qu6 variedad de aspecto! Y sin embargo, esta superficie tan movable que se pliega al mas ligero soplo de las brisas, y se cubre de sombra al paso de la mas pequena nube, estos espejos tan variables son hoy lo que han sido siempre, mi6ntas que sus orillas sufren de año en año nuevas transformaciones. Los bosques se ven reemplazados por la maleza, esta por las labores que fertilizan el campo,

en todas partes la mano del hombre une sus esfuerzos al tiempo para destruir y crear; solo las aguas

hombres 6 las aves abren en su superficie. El lago Lomond es el mas grande que hay en Escocia y tambien el mas célebre, pero á pesar de sus limpidas aguas y de su archipiélago de islas que parecen colocadas en su seno como un collar de esmeraldas, yo prefiero el lago Katrine, sobre todo cuando puede vérsese por entre el follaje dorado de los grandes árboles que sombrean sus orillas en una hermosa tarde del otoño. A esta hora la naturaleza toma en todas partes, y principalmente en Escocia, un encanto indefinible: todo es armonía, luz y silencio, y ent6nces olvidando el mundo puede gozarse, como dice Beranger:

Un de ces instants où le cœur pense,  
Où l'on aime à rentrer en soi.

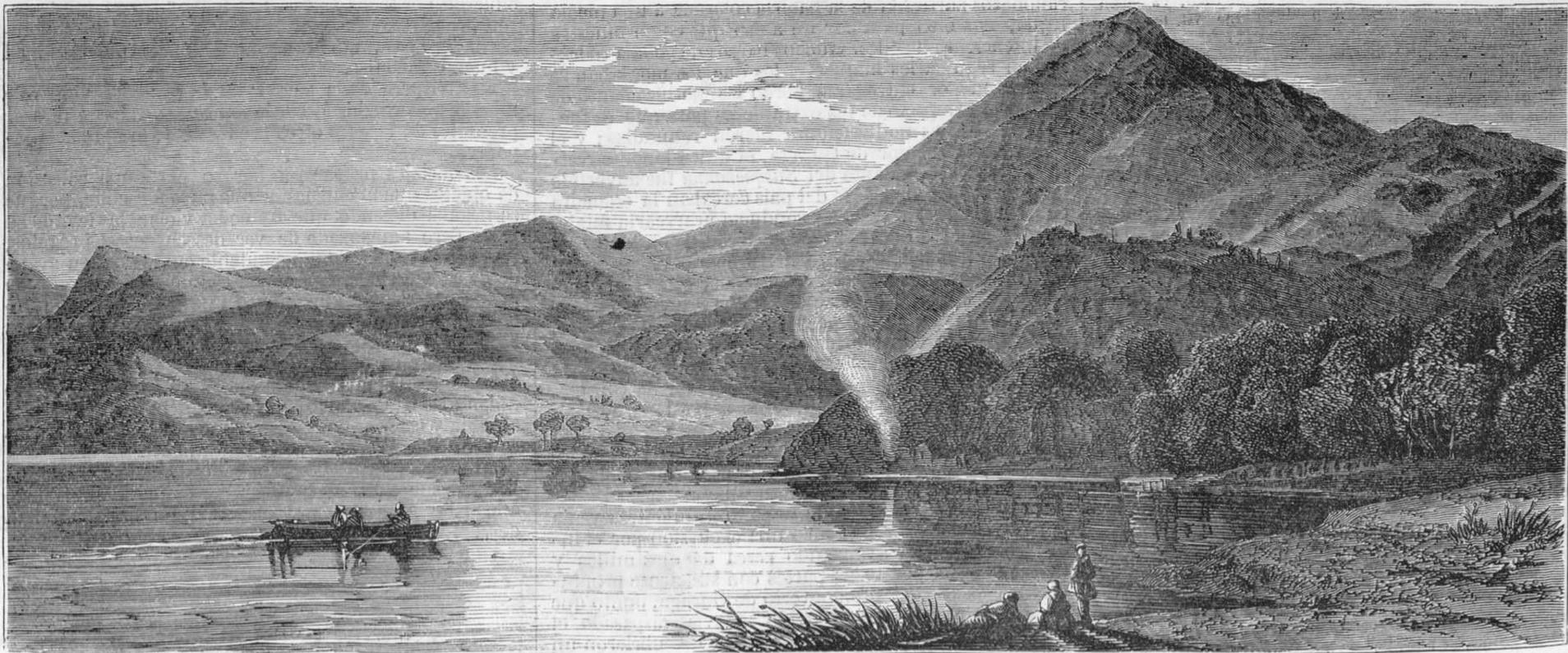
Para pasar del lago Katrine á Callender se atraviesa un largo y estrecho valle llamado Trossachs. Nada puede formar un contraste mas feliz con el lago de donde acabamos de retirarnos que la vista de este valle, de esta garganta salvaje, confundida de árboles y de rocas de todas las for-



Balmoral, residencia de la reina Victoria en Escocia.

resisten á esta accion modificadora no obedeciendo mas que las leyes naturales, sin conservar el surco que los

mente erizada de árboles y de rocas de todas las for-



El lago Vennachar.

mas y colores, caos de vejetacion y de granito que parece producido por un temblor de tierra, por medio del cual se abre paso un torrente espumoso.

A la salida del valle pasa el camino por un puente de un solo ojo que me ha parecido muy semejante al famoso puente de las Caravanas en Esmirna, y que tal vez por esta razon tiene el nombre de *the Turc bridge*, es decir, *el puente Turco*.

Despues de haber costeado por un estrecho sendero cercado de cañas y flores silvestres, los lagos de *Vennachar* y *Ackray* se llega á *Callender*, pequeña ciudad al pié de los *Highlands*, que no ofrece nada de interesante como no sea una bonita cascada á la distancia de tres millas.

Antes de llegar á *Hirling*, permítanme ustedes decir algo de uno de los sitios mas celebrados en Escocia; quiero hablar del famoso paso de *Glencoe*. Este hermoso y pintoresco valle situado al Norte de *Argyleshire* al extremo del lago *Leven* está atravesado en toda su longitud, que es de diez á doce millas, por un camino y un torrente que salta de roca en roca, y este es nada ménos que el torrente de *Cona*, inmortalizado por los versos de *Ossian*. En el fondo del valle por el lado del Norte, y al pié de una montaña escarpada que lleva el nombre de *Fingal*, se ve un cuadrado de granito que la naturaleza parece haber revestido expresamente de un hermoso terciopelo verde: esta es la morada de *Ossian*... y en medio del silencio del valle, el murmullo del torrente que corre por el fondo, recuerda los lejanos sonos de la lira del gran poeta.

Yo he permanecido algunas horas en este valle sin sentir que el tiempo se me pasaba, pero hasta en esta distraccion fui afortunado, porque algunas horas mas tarde asisti á uno de los espectáculos mas hermosos que puede presenciar el hombre.

Entre once y doce de la noche, en el momento en que yo iba á salir del valle ví el globo argentino de la luna levantarse lentamente en el cielo, perspectiva que abandono á vuestra imaginacion de artista y de poeta. Solamente me permitiré traducir estas líneas de una balada de *Walter Scott*, que el autor de *Rob-Roy* dirige al cantor de *Fingal*.

« ¿Porqué, dice, los acordes de tu lira resuenan en las soledades de *Glencoe* donde nadie puede oír sus melo-

días? Dime si las consagras á las nubes voladoras, á la cierva fugitiva ó al águila que desde las altas regiones te responde con sus gritos. »

En este valle fué donde quedó exterminada completamente la belicosa tribu de los *Macdonals*.

Ahora tomemos el camino de *Stirling*, uno de los puntos mas antiguos de Escocia, como que fué ocupa-

do durante mucho tiempo por los romanos que fortificaron la ciudad, haciendo de ella una de las plazas mas importantes de sus conquistas. El castillo se alza sobre una roca en cuya eminencia se halla el palacio de *Jacobo V*, edificio cuadrangular de una arquitectura fantástica y extraña.

La fachada por el lado de la ciudad presenta entre sus ornamentos las figuras de *Onfale*, *Perseo*, *Vénus*, *Cleópatra* y otras mas ó ménos mutiladas por los hombres, y destruidas por el tiempo. La cámara real conserva todavía algunos adornos que acreditan el pasado esplendor de este palacio que ha venido á servir de cuartel. Por lo demás, las antiguas costumbres bárbaras de estos habitantes, que se hicieron temer de los romanos, se han dulcificado considerablemente. Cada dia la civilizacion moderna quita á los *highlanders* algo de su carácter primitivo, dándoles en cambio goces que ántes no conocian. Esta revolucion que empezó en las guerras de la Union, hácia 1740, y sobre todo en el acta célebre del parlamento inglés en 1748 que abolió el traje nacional, se obra de dia en dia con la mayor rapidez: por todas partes surgen las construcciones, y las escuelas que facilitan la comodidad y la instruccion; y los granos de la moderna cultura que se arrojan en estas tierras, devuelven el ciento por uno.

Pasemos á *Aberdeen*, y para no entretener á ustedes con pesados comentarios, voy á copiar simplemente los apuntes de mi libro de memorias.

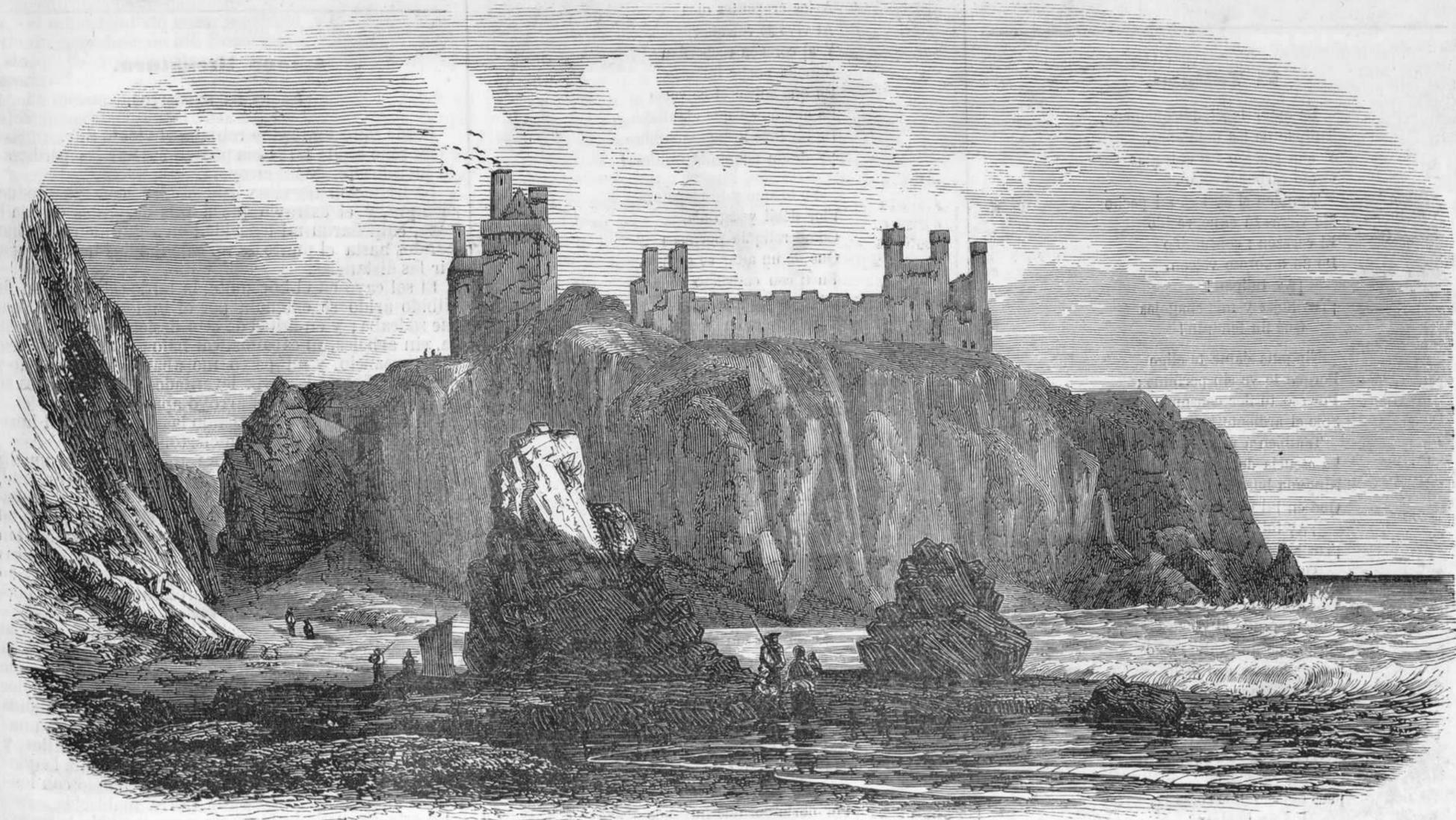
*Perth*. Una de las mas antiguas ciudades de Escocia: campo famoso de *Agricola*, general de *Vespasiano*, que venció allí al célebre *Galgacus*, segun *Tácito* y otros historiadores. Hoy es un precioso sitio real al que prestan mucha animacion y encanto las hermosas orillas del *Tay* que corre cercado de altas y pintorescas montañas. Tributemos al dejar este sitio un recuerdo á la memoria de la hermosa hija de *Perth* de *Walter Scott*.

*El Tay y el Tummel*. Estos son los principales rios de la Escocia: el primero se asemeja mucho en sus orillas al *Inn*, en el *Tirol*.

*Las ruinas del castillo de Dunottar*, cerca de *Stone-Haven*, península de rocas salvajes cuya parte inferior toca en el mar, y que tiene la magnífica fortaleza que por tanto tiempo resistió á los soldados de *Cromwell* y á los ataques de la flota inglesa.



Bullers de Buchan.



Ruinas del castillo de Dunottar.

*Aberdeen*, bella y elegante ciudad entre el *Dee* y el *Don*. La inscripción de sus armas es: *buen acuerdo*, y he aquí su origen. Cuando la invasión de Eduardo, los escoceses y los franceses mandados por Roberto Bruce, degollaron en una noche á toda la guarnición inglesa. El santo y seña se reducía á estas dos palabras: *Buen acuerdo*, y para perpetuar este recuerdo de gloriosa alianza se inscribieron dichas palabras en las armas de la ciudad.

Los escoceses inventaron la guillotina. Yo he visto en el museo de Aberdeen una máquina exactamente igual á la que introdujo en Francia Guillotin, la cual sirvió hácia el año de 1560 para cortar la cabeza á Jhon Gordon. En esta materia sobre todo creemos que debe darse al César lo que es del César.

Lo mas notable que se encuentra en esta ciudad es el puente de *Balgumia*, obra de Roberto Bruce, construcción atrevida, elegante y única en Escocia. No tiene mas que un arco de 67 piés de abertura sobre 36 de elevación presentando la forma de una ojiva.

Lord Byron que pasó su juventud en Aberdeen cita en sus versos esta antigua tradición popular:

« El día en que el hijo único de una mujer, montado sobre el potro único de una yegua pase por aquí, se hundirá el puente. »

Supersticioso como un escocés y sobre todo como un poeta, Byron tenía siempre cuidado de echar el pié á tierra cuando salía á caballo y tenía que pasar el puente.

A pocas millas de Aberdeen, no léjos de *Peterhead*, puerto célebre por sus arenques, se encuentran las *bullers de Buchan* que merecen particular mención.

Este punto es uno de los mas extraordinarios y fantásticos que yo he visto. Figúrense ustedes una costa de las mas salvajes y tormentosas en una extensión de muchas leguas, montañas de granito rojo y negro, de la altura de trescientos y cuatrocientos piés; cavernas inmensas y cuevas donde da miedo aproximarse, y en medio de todo esto el mar que se agita mugiendo y levantando á grande elevación sus espumosas hondas...

El sitio mas maravilloso de esta costa es un abismo gigantesco llamado la olla de Buchan; tiene la forma circular y baja perpendicularmente hasta el mar á una profundidad de 200 piés, dando la idea de un terrible cráter en cuyo fondo hierven como la lava las olas espumosas, causando una especie de vértigo al que se aproxima. Un día que estaba el mar en calma, cediendo á las súplicas de varios pescadores que se brindaron á conducirme con su barca, entré en dicho abismo, y tengo el gusto de enviar á ustedes el eróquis, único tal vez, que se haya hecho hasta ahora de este punto siniestramente poético de los *bullers de Buchan*.

He visitado por último el real sitio de Balmoral, bastante frecuentado por la reina Victoria, que es pintoresco por la naturaleza, aunque sencillo como lo son generalmente las posesiones de los reyes de Inglaterra. En este sitio suele dar la reina banquetes á las personas principales de Escocia, y algunos de los que han asistido á estas reuniones me han hecho una agradable pintura de la esplendidez y respetuosa familiaridad con que multiplica sus simpatías la augusta princesa tan justamente amada de todos los ingleses.

M. B.

### El Tulipan.

De amor te sientes quemado,  
Tulipan de las montañas,  
Y aun por eso tus entrañas  
Como carbones están.

Tambien si abriese mi pecho  
Me vieras tú ennegrecido  
El corazón; consumido  
De un amoroso volcan.

¡Ay tulipan!  
¡Tus hojas y mis congojas  
Qué fin tendrán!

Ninguna dama te elige  
Porque te ve sin perfume;  
Por eso tu flor consume  
Solo el ardiente huracan.

Tambien á mí; como oculto  
La esencia de mis amores,  
Ninguna busca las flores  
Que en mi corazón están.

¡Ay tulipan!  
¡Tus hojas y mis congojas  
Qué fin tendrán!

El amor que tú retratas  
No comprende el vulgo ciego,  
Porque de un oculto fuego  
Nadie piensa en el afán.

Así mi amor, flor del alma,  
Que á mis sentidos no asoma,  
Como á tu flor sin aroma,  
Marchito dejando van.

¡Ay tulipan!  
¡Tus hojas y mis congojas  
Qué fin tendrán!

Yo, tulipan, bien comprendo  
Lo que tu flor simboliza,  
Porque te amo y me electriza  
Tu moribundo adunan.

Así sabrá, si alguien me ama,  
Comprender ¡ay! la ambrosia  
De la flor del alma mía;  
¡Pero á mí no me amarán!

¡Ay tulipan!  
¡Tus hojas y mis congojas  
Qué fin tendrán!  
¡Olvidadas morirán!

### La Pasionaria.

Moviendo blandamente  
La virginal garganta,  
Coronada de flores,  
De púrpura adornada,  
Cediendo al dulce aliento  
De las sonoras auras  
Que de su amor murmuran  
Entre las verdes ramas,  
De la tranquila noche  
Allá en las horas altas,  
Se agita ruborosa  
La tierna pasionaria.

Las tintas confundidas  
De azul morado y grana,  
Al desigual columpio  
De la flexible planta,  
Parecen en las sombras  
Como encendidas llamas  
Que las confusas nieblas  
Cruzan con luz opaca  
Las hojas encendidas  
De aquella pasión santa  
En que Jesús, con sangre  
De sus divinas llagas,  
Ganó para los hombres  
Del cielo la morada,  
Fielmente nos recuerdan.  
El hierro de la lanza  
Que atravesó el costado  
Partiendo las entrañas;  
De la amorosa Virgen  
Los clavos, la mordaza,  
De espinas punzadoras  
La bárbara guirnalda,  
Que hirió la sien sublime  
Del cordero sin mancha.

Todo en las tiernas hojas  
De esa flor delicada,  
A los creyentes ojos  
Al vivo se retrata;  
Y al corazón recuerdan  
Aquella noche infausta  
En que sufrió el calvario  
La enseña en que ensalzaba  
De un Dios la mansedumbre  
¡Y de un pueblo la infamia!

Yo te amo y te respeto,  
Flor débil y sagrada,  
Como reliquia hermosa  
Que de un altar se guarda.  
En tí con embeleso  
Mis ojos ¡ay! se clavan,  
Y en ilusión de gloria  
Estáticos se bañan.  
Yo aspiro en ese caliz,  
Que aun su dolor recata,  
Del jardín de los cielos  
La singular fragancia.  
Y al verte entre las sombras  
Como una chispa pálida,  
Brillando como brilla  
Oscurecida un ascua,  
Párecenme tus puntas  
Que en rayos mil desatas  
Los rayos de una estrella  
Que entre las flores vaga.

Las flores son estrellas  
Que el verde campo esmaltan,  
Y la tuya es el norte  
De amor y de bonanza,  
Que al naufrago perdido  
Alumbra en las borrascas.  
Por símbolo te elijo  
De eternas esperanzas:  
Por norte del que huyendo  
Por sendas ignoradas,

Que abrojos y zarzales  
Confusos enmarañan,  
Al fin del paso estrecho  
Tus bellas flores halla,  
De cuya fe guiado  
Cruzó la tierra extraña.  
¡Ah! si un día la suerte,  
Que ya lamento aciaga,  
Mis ya rendidas fuerzas  
Con nuevos males grava,  
Yo buscaré tus flores,  
Flor pura, noble y cándida,  
Y enlazaré con ellas  
Mis sienes que se abrasan;  
Pues creo que al sentirlas  
Sobre mi frente pálida,  
En mis ideas tristes  
Renacerá la calma.  
Tu flor es noble emblema  
De la creencia santa,  
Y yo creencias pido,  
Porque sin fe no hay nada.  
Por eso entre las flores  
Que al amor se consagran,  
Ha de elegirse siempre  
La noble pasionaria,  
Para mostrar que el lazo  
Que junta nuestras almas  
Es la creencia pura  
Que en el amor se guarda.

Toma, pues, de esas flores  
Un ramillete, ¡ó Laura!  
Y en cada una recuerda  
Mis creencias, ingrata.

Yo creo que tus ojos  
De Dios la luz retratan,  
Y que tu voz inspiran  
Los ángeles si cantas,  
Y que su amor divino  
Respiran tus palabras,  
Y creo que has nacido  
Para ángel de mi guarda,  
Mujer de mis delicias  
Y amparo de mis ansias.  
Tambien creo que alcanzo  
A merecer tus gracias,  
Y aun creo que á mi suerte  
Tu corazón te enlaza;  
Mas de esto desconfío,  
Pues quien con penas anda,  
Aunque merezca dichas,  
Desconfía alcanzarlas.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

### Amena literatura.

LOS NIÑOS EXPÓSITOS.

Desde muy temprano reinaba el viento Sur. En todo el día no había podido sujetar las perdices á la jurisdicción de mi escopeta.

La irritación nerviosa que el aire seco me produce siempre, y el extravío que á mis designios oponía la caza, empeñaron mi tenacidad en seguimiento de unos bandos hasta el punto de no calcular las horas ni medir las distancias.

El sol cayó en el horizonte, la tarde estaba tibia, un silbido árido se extendía por el inmenso tomillar que me rodeaba; y en mitad de este desierto, sin una fuente, sin árboles, ni cabañas, caí bajo el peso de mi propio cansancio, y mi perro me abandonó leleleando y con los caños de la nariz levantados y muy anchos en busca sin duda de algún arroyo apartado.

El crepúsculo iba reduciendo las distancias del horizonte, y mi juicio vagaba incierto.

La cabeza me pesaba sobre manera, y en aquella traslavación de ideas, en aquel malestar y descontento, tal vez me parecía imposible que mis hombros pudieran sustentar un volumen tan formidable: pensé tal vez lo mucho que para volver á casa me ayudarían unas velas como ponen á los barcos, ó unas palancas de locomoción como las que empujan á los *vagones*; no me ocurrió el deseo de que me brotaran alas, acaso porque me sentía incapaz de moverlas.

Así postrado sobre el suelo, los brazos me cayeron desmadejados, mi cuello se dobló como un gozne, y la barba quedó apoyada contra el pecho; las piernas me dolían con un zarpullido de dolor infinito, un dolor torpe en cada poro y una languidez mortal difundida por todo el cuerpo. Mis cabellos se habían desparramado á la manera que las ramas áridas de los tomillos, y el aire que los rebullía al pasar por mi frente, la quemaba, no de otra suerte que el *siroco* cuando con lengua de fuego lame la faz de la tierra maldecida.

En esta angustia hubiera sin pena recibido la muerte con tal de abandonar el corazón...

¡ Ah ! ¡ dichosos los que espiran en la cuna ! Un viaje por el vacío y un término en la eternidad de Dios en el descanso... ¡ Ah ! no ; la infancia es todavía venturosa ; la madre es un ángel que arropa y refresca á sus hijos con sus alas de puro amor ; el padre es un gigante que lo carga sobre sus lomos para llevarlo por el áspero camino de la vida, hasta que lo sienta en la florida pradera de la edad juvenil... ¡ Ah ! no ; el mundo es un barranco sin cumbre ; nacemos en lo hondo, vivimos arañando el escarpado, y cuando mas afanados jadeamos, nos derriba la muerte... Poseído de este sentimiento lastimador yacia inmóvil, y el quejido de la naturaleza entera reconcentraba mi espíritu en la soledad.

Mis ojos no miraban, mis orejas sin escuchar oían ese quejido del universo que traspasa por todas partes ; mis miembros se dolían de sí mismos, mis labios estaban secos, mi lengua muda, contraída y pegada al paladar.

De pronto un ruido impensado sonó muy junto á mí, el cual ruido me hizo dar un sacudimiento nervioso, fijé despues la atención y ví á mi lado un muchacho como de nueve á diez años de edad, intonso y desgredado ; estaba el chico tostado por el sol, los dientes los tenia descarnados y salientes, y los ojos hundidos, mostraba desnudo el pecho, iba descalzo de piés y piernas, y el resto de su demacrado cuerpo lo llevaba rebujado en unos inmundos harapos. Los dedos, la boca y los carrillos se los habia tiznado con el zumo de las moras salvajes : esto acababa por dar á la criatura aquella un aspecto diabólico, á la par que su desnudez movía la compasión ; y su ademan, su edad y su mirada eran la inocencia misma.

Antes que yo le hablara extendió hácia mí las manos pidiéndome un poquito de pan ó un chavito por el amor de Dios.

Recurrí al morral, y hallándolo desprovisto, me acordé que habia arrojado al perro el último mendrugo ; registré las faltriqueras, y le dije :

— Hijo mio, no traigo pan ni dinero, ni cosa que lo valga.

— Señor, sí trae Vd... déme Vd., señor, y haré la *paleta*, y haré el *gorrino*, y haré la *gaita gallega*... Vamos, señor, déme Vd. siquiera un chavito.

— Muchacho, lo siento, pero no traigo nada que darte. Mas, dime, ¿ y de dónde eres que así te permiten andar ?

— Señor, vivo en Barcelona.

— ¿ Y tus padres ?

No lo sé, señor, que yo no los conozco.

— ¿ Pues, y tu casa ?

— De noche duermo en el establo del señor cura, y de día ando á la limosna por los pueblos.

¿ Y cómo vas así sin camino por aquí á estas horas, y tan lejos de todas partes ?

— Es que he sido enviado á la otra aldea á llevarle á aquel otro señor cura un niño que *ha amanecido*, para que lo pase su merced á la cuna de Sigüenza, y me he vuelto por el bardal de las moreras. Aquí mas arriba se cogen endrinas y luego se encuentra la trocha... pero vaya, señor, que me dé Vd. un chavito ó un poquito de pan en caridad de Dios.

Hijo mio, él te ampare ; le dije, y se me quebraban las entrañas de piedad.

El muchacho vió saltar un grillo, y dió en perseguirle sin despedirse de mí. Fuése despues alejando distraído, y yo volví á sumergirme de nuevo en la tristeza.

La melancolía es una niebla que cae y se funde en los jugos de la vida orgánica á la manera que el opio dentro de una copa llena de vino espirituoso.

Para estos accesos hay siempre una causa motriz inmediata que casi nunca nos razonamos, y es con frecuencia la impresión intensa que el corazón ha recibido : entónces todas las facultades se arroban en el sentimiento, y entre nosotros y el mundo material obra la fantasía un cambio decisivo.

Yo me sentí arrojado al espacio por el brazo de hierro de la fatalidad, y despues de haber hendido los aires con violencia, fui á caer de golpe en un sitio de horror, que no era el antro de los leones, ni la plaza del patíbulo, y que sin embargo obró en mí una sensación mas terrorífica.

Era un suelo regado con lágrimas, un techo sombrío como la bóveda de un panteon, cóncavo y sonoro, que repetía el eco de mil y mil lamentos que se oían ; altísimas paredes gironadas de telarañas acotaban este suelo y sustentaban aquella techumbre eminente, en cuyo centro veíase pintado y en actitud veladora el ojo del Eterno.

Habia yo penetrado en aquel recinto sin ser advertido de una infinita multitud de niños desnudos que allí se revolían como las sanguijuelas en el cieno.

Eran estos niños desde el mamonzuelo que aun no tiene cicatrizado el vientre, hasta el rapaz que hinca las uñas en el rostro del compañero de su infancia.

Lloraban casi todos, dormían los ménos, y algunos, los mas bonitos, yacían muertos. Los dormidos parecían pichones implumes olvidados por las palomas en el nido de pobres pajas, los despiertos asemejaban aguilas hambrientas, y los muertos pájaros que caen del cielo, plegadas al cuerpo las alas inofensivas. ¡ Cuánto horror ! ni el amor, ni la caridad respondían á los lamentos de aquellas criaturas.

¡ Ay ! ¡ estaban confinadas al desierto de la vida ! La sociedad impúdica en el mundo tenia allí encerrado todo su pudor ; cada uno de aquellos inocentes era un grito á la conciencia, sus padres los habian escondido al sentir que salían de sí mismos, como asesinos que

guardan los puñales ; y el egoismo mas cruel los tenia condenados á la abnegación infame y á la muerte. ¡ Pobres niños ! ¡ pobres niños ! ¡ Como aun no sabian maldecir, lloraban de hambre !

Quisiera haber podido repartirles mis propias carnes á pedazos y que comieran : y salvando la lengua ya avezada que revuelve la hiel entre mis fauces, convertirla luego hácia las gentes é increparlas llamándolas á juicio.

— ¡ Maldecidos ! diciendo, entre vosotros los que manchasteis el seno de la mujer para engendrar el llanto del expósito ! y vosotras tambien ¡ malditas ! las que apartasteis vuestros cabellos y disteis torcedor á la cintura despues de haber parido con dolores ; y no volvisteis el rostro movidas de la piedad de vuestro nacido ! avergonzáos las de hoy que no podeis sentir ya mas que la vergüenza ; avergonzáos, porque voy á aclamaros por vuestros propios nombres !...

¡ Ah ! quisiera haber sentido en mí la cólera celeste derramada en la ruda elocuencia del Profeta : pero el vulgo tiene con la impiedad febrida la conciencia... Mi voz hubiera sido para cargar mi espíritu con toda la atrición de la humanidad, y el sarcasmo de los torpes caído hubiera sobre mí, y las piedras de los incrédulos habrían rodado en mi alcance como un dia lo harán hácia el profundo sus almas despeñadas. ¡ Pobres niños ! me quise lanzar entre ellos y abrazar á los vivos uno á uno, y dar á los muertos sepultura, abriéndoles la hoya con mis uñas, pero mi cuerpo estaba aferrado al lugar de la caída ; y en esta lucha, súbitamente quedó absorta toda mi atención en una mujer que entró como la pálida claridad del relámpago penetra por la grieta de un sepulcro.

Era esta matrona hermosa todavia á los treinta años de edad, y los atavíos deslumbradores de una mundana magnificencia, veíanse bárbaramente desgarrados sobre sus sienes y en derredor de su cintura.

Los piés los traía descalzos, las manos las retorcia y le crugían, caíanle marañados los cabellos y se los apartaba con cólera del rostro para mas bien hartarse de la insaciable mirada que acá y allá repartía sobre la multitud de niños que allí estaban.

Apináronse al verla todos los niños vivos, y enlazaron los unos con los otros sus manos pequeñuelas.

La dolorida matrona entónces fijó sobre ellos de hito en hito la vista, y toda la sangre se heló dentro mis venas al advertir que aquella mujer hermosa era de una sublimidad horrible, porque no tenia ojos, sino que en las cuencas le relumbraban dos carbones encendidos.

La matrona arrancó un grito histérico de esos que asustan el corazón del hombre, y dijo despues : « ¡ Hijo mio ! ¿ dónde estás ? »

Los niños respondieron todos á un mismo tiempo : « nosotros somos tus hijos » y soltando sus manos fueron los vivos en busca de los muertos, de los que agonizaban y de los que no podían valerse, y los presentaron á la matrona, rodeándola por todos lados y dijéronse : « hermanos somos, nuestra madre nos dará su calor, y nuestros labios saborearán su leche ; alegrémonos, que el regazo de nuestra madre viene á arrullar nuestros sueños y á revivir á los moribundos. » La madre en tanto recorría el círculo muy rápidamente y pegada á los niños, examinándolos uno tras otro al resplandor de sus ascuas, como leona que rastrea su perdido cachorro.

Los niños al rozar con ella se atrevían á besarla, y fijaron sus oídos en la vaguedad, bañaron en divina sonrisa los semblantes y una armonía suavísima suspendida en los aires, dulce, y á manera de sonido de saltafantes aguas, una melodía de concertadas, vibrantes y sonoras voces, como brisas que resbalan por tubos de cristal, se oyó que decía :

Sobre nosotros vino,  
Huérfanos del desierto,  
La madre deseada  
Que nos dará sus pechos ;  
Sobre nosotros vino  
Cual vuelve á sus hijuelos,  
La alondra de los campos  
Provista del sustento :  
Salud dé al moribundo,  
Calor y vida al muerto,  
Hermanos bendigámosla,  
Que nos la envía el cielo.

La madre exhaló un amargo plañido, y no lloraba porque se le habia ya secado la fuente de las lágrimas.

Los niños parecían desprenderse del suelo para volar á Dios, y el cántico que arrojaba la voz de la naturaleza volvíase á oír....

Al inocente nacido  
Peina madre los cabellos  
Y en el agua cristalina  
Lava madre nuestros cuerpos ;  
Vistenos de blanca túnica  
Perfumada con espliego,  
Y vela sobre nosotros  
Las mansas horas del sueño.  
Tú eres el alma del niño  
Que en sus años pequeñuelos

Te da su primer palabra  
En cambio del primer beso.

Aquí la matrona soltando un ¡ ay ! desgarrador, dijo : « uno solo de entre vosotros es el hijo de mis entrañas... ¡ y no le conozco ! los demás no teneis madre. » « No tenemos madre » exclamaron los expósitos y se echaron de bruce á morder la ingrata tierra.

Aquello era un compendio del fin del mundo, si la humanidad se encontrara sin su Dios.

La matrona arrojó otro grito y se precipitó así sobre un niño espirante, el cual tenia en las espaldas una marca redonda de negra quemadura, como el sello de los condenados á infamia por la humana justicia ; lo levantó en sus brazos, y horriblemente contrayendo las facciones del rostro se decía : « ¡ es mi hijo ! ¡ es mi hijo ! yo le marqué al nacer, aplicándole hecha lumbre la sortija de oro, que en señal de mentida fidelidad me dió su padre... ¡ Ay ! ¡ es mi hijo que muere de necesidad !... pero, hijo mio, ¡ tú no morirás ! yo te exprimiré mis pechos, y ese mundo que maldigo no me apartará jamás de tí !... »

Le arrojaba el aliento ; con un brazo lo sostenia y con el otro desabrochó su seno rasgando los cendales, mostró los hombros, y... ¡ oh dolor ! ¡ no tenia pechos !... Habiánsele gastado ó secado completamente, y aquel espantable monstruo de su sexo maldijo la fecundidad, y á grandes voces pedía la muerte en rescate de la vida del fruto de su amor... pero el niño espiró.

Todos los expósitos lo envidiaban, la mujer mesaba sus greñas con un desenfreno satánico : y entónces vi como se volcó una losa, y de una cárcaba profundísima brotó un muerto de color de hielo apisonado que el mirarlo daba frio, y este muerto estaba baldado de todos sus miembros, ménos los labios que los movía con una palabra hueca, torpe y monotoná, en que se marcaban las sílabas como aldabazos dados en la puerta foránea despues de la media noche ; y dijo de esta manera á la mujer que lo contemplaba : « Dios nos llama á su tribunal frente á frente de nuestro hijo. »

La mujer maldijo al hombre y le iba á herir impunemente en el rostro porque era de hielo inerte, pero el muerto abrió las fauces y tirando una tarascada agarró á la manceba con la tenaza de sus dientes por la mas luenga madeja de sus cabellos, y se hundió llevándose la detrás ; y ella que era madre no soltó el cuerpo sin vida de su hijo, sino que lo arrastró á la hoya consigo, y la losa se cerró despues con un estrépito que puso en pié hasta los mas párvulos de los niños expósitos.

¡ Pobres niños ! Viéndose otra vez desamparados se juntaron como ántes, doblaron la rodilla en la tierra de lágrimas, y elevando al cielo los agraciados bustos, dijeron en ademán de orar :

« Señor, nuestros padres nos abandonaron, y tu providencia nos ha recogido, — nosotros no te vemos, pero te sentimos en todas partes, — ¿ qué son los que mueren sino los escogidos que suben á aumentar la corona de tu gloria ? — ¡ Anjeles y serafines, arcángeles y querubines rodean tu trono ! — Ampáranos, Señor, — derrama tu bendición sobre nosotros, los hijos de la culpa. — Sobre nosotros las víctimas de la venganza, — y ten piedad de nuestros padres. »

¡ Hosanna ! ¡ hosanna ! repitió la armonía latente que con divina unción se difundía por la santa soledad. Entónces el ojo de la providencia que velaba alzado en la altísima techumbre, rodó benignamente la luminosa pupila sobre sus criaturas ; y los niños descansando en la fe de sus instintos, quedáronse dormidos.

Despues que ví esto, sentí que me tocaban, y me incorporé sobresaltado, pero no era mas sino que mi leal amigo, mi perro de caza habia vuelto ya de apagar su sed y que me lamia el rostro.

A. ROS DE OLANO.

## Notas y recuerdos de la Habana.

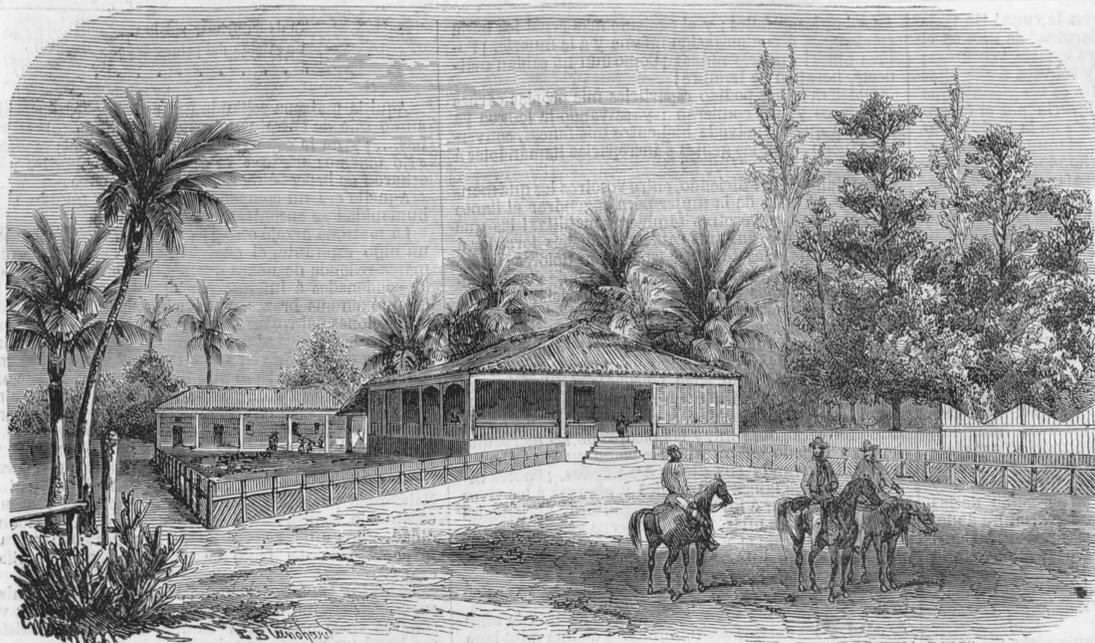
(Artículo segundo.)

### FABRICACION DEL AZUCAR.

He hablado en mi anterior artículo del trabajo de los negros, y ahora voy á completar mi narración, describiendo los procedimientos que se emplean en el ingenio de Santa Elena para la fabricación del azúcar.

La caña, cortada en los campos y llevada en carretas al vasto cobertizo donde se halla el molino de vapor, se arroja bajo tres cilindros de hierro de un fuerte diámetro que la estrujan lentamente por dos presiones consecutivas á fin de sacar hasta la última gota del jugo ; entran cañas por un lado y por el otro salen convertidas en bagazo ; deslizándose por una pendiente inclinada, pasan por un inmenso zarzo movido entre dos paredes hácia arriba ; este zarzo compuesto de paletas unidas entre sí por un anillo doble, lleva el bagazo hasta la punta mas elevada de este viaducto que, continuando entónces su rotación por debajo en sentido inverso, le deja caer en carretas vacías, donde un negro le amontona por igual para llevarse á donde se seca y se reune sirviendo luego para alimentar la lumbre de los hornos. He ahí todo el destino de la leña ; ahora si-gamos las metamorfosis del jugo.

Los dos molinos movidos paralelamente por el vapor,



Santa Elena. — La casa de vivienda.

al mismo tiempo que exprimen el jugo le esparcen en un recipiente inferior de donde corre á reunirse en un receptáculo común, donde una negra saca con la mano las partículas de munda ó los cuerpos extraños que hayan podido quedar todavía. En este receptáculo entra el tubo de una bomba, que, movida también por el juego de las máquinas, eleva el líquido á otro depósito mas alto, cuyo nivel, dominando las calderas, lleva el jugo por la inclinación de los conductos.

Las calderas son muy anchas, se hallan sujetas en la obra de albanilería y se calientan por debajo á beneficio de los hornos. Cada juego se compone de tres calderas, cuyos bordes, al mismo nivel, aunque inclinándose hácia una cuarta caldera mas pequeña, dejan escapar la espuma, y las materias extrañas de las dos primeras.

Llegado á la primera caldera en una cantidad medida por una llave, el jugo entra al instante en ebullición, y principia á evaporarse arrojando á su superficie olas de espuma sucia. Quitando esta espuma con una grande espumadera, se verifica la primera defecación; concluida esta, el jugo se trasiega á una segunda caldera, donde se vuelve á principiar la misma operación, dando ya un líquido mas claro. Los trabajadores juzgando por el color y el aspecto del líquido, así como por el grado de evaporación, del momento propio para un segundo trasiego, le hacen pasar por una tercera y última defecación, y después ya no hay mas que hacer que batir el azúcar á frío en una artesa para que se halle en estado de colarse en las hormas.

El trabajo de una caldera á otra se opera por medio de un tubo ancho y hondo, con un mango largo de palo. Dos negros le cogen y le dejan caer sucesivamente por medio de una cuerda que pasa por una alta garrucha. El otro negro que tiene la punta del mango, no hace mas que dar al cubo un movimiento que le llena por inmersión en una caldera, y le vierte después en otra.

Una vez el líquido en la artesa, otros dos negros con unas paletas en forma de cucharas se colocan cada uno á una punta, y le lanzan en el aire dejándole caer sin que se derrame una gota. Hecho esto, el líquido preparado ya para la cristalización, se va echando en las hormas, cuya abertura inferior está tapada hasta que la cristalización haya adquirido el grado necesario de solidez. Estas hormas que se mantienen derechas en unos agujeros circulares, se colocan luego en un carro dispuesto para este fin y pasan á la casa de purga.

Esta casa no presenta á la vista mas que un tejado inmenso, descansando en una doble hilera de grandes gavetas con ruedas que se abren por adentro y afuera. Interiormente se compone de un piso bajo reservado en parte para las gavetas abiertas hácia adentro, y con un sitio espacioso para encajonar el azúcar. En el primer piso, poco elevado, al que se sube por una ancha escalera, el suelo está acribillado de agujeros cuadrados ó redondos donde se meten las hormas que salen llenas de las calderas. El líquido se condensa casi al instante, y para purificarle, se cubre entónces la parte superior con una capa gruesa de tierra disuelta en agua; esta masa blanquea el azúcar; el agua corre filtrándose por la abertura inferior en goteras de palo, con las moléculas de azúcar no cristalizado, y esto constituye la miel.

Así pues, en la horma no queda mas que el resultado sólido de la cristalización; entónces se quita el residuo medio seco del barro y se transporta el pan de azúcar á las gavetas, donde la extremidad del cono en que se han cristalizado las partes menos puras, se corta con el machete. Su apariencia es roja, y de aquí sale el azúcar quebrado; lo demás de un blanco puro y brillante constituye el azúcar superior. Partido al punto en pedazos menudos, se pone á secar á la acción del sol que le

CONDICIONES DE LA EXPLOTACION.

Santa Elena se halla en mi juicio en las proporciones mas favorables para la explotación, y no dudo que en esta materia las operaciones en grande escala son mas bien un defecto que un progreso. Establezcamos primeramente la relacion de los medios con los resultados, y cuando una suma menor de los primeros dé una suma mayor de los segundos, podremos decir que hay progreso. Pongamos un ejemplo: si con doscientos negros y doscientos bueyes, en un espacio de tierra determinado, un ingenio da por término medio tres mil cajas de azúcar, es evidente que será superior á otro que con medios y terrenos dobles en proporción de cinco mil cajas. Ahora bien, la mejor escala de producción para

un ingenio está á mi ver entre Santa Elena que da por término medio seis mil cajas y la Ponina que da ocho mil: con menos la proporción de los gastos se aumenta, y con mas, la proporción de los productos disminuye.

En los ingenios chicos, á pesar de que es menor la cantidad de caña, los gastos del establecimiento de molino, calderas, etc., son sin embargo muy crecidos, y además para no desperdiciar el tiempo de la cosecha, hay que disponer de muchos brazos, y si se llega al punto de tener que alquilar esclavos, el beneficio se reduce muchísimo. En los ingenios grandes, al contrario, hay á menudo repartición viciosa de trabajos en las tierras, acumulación de brazos en un punto y desparramiento en otro.

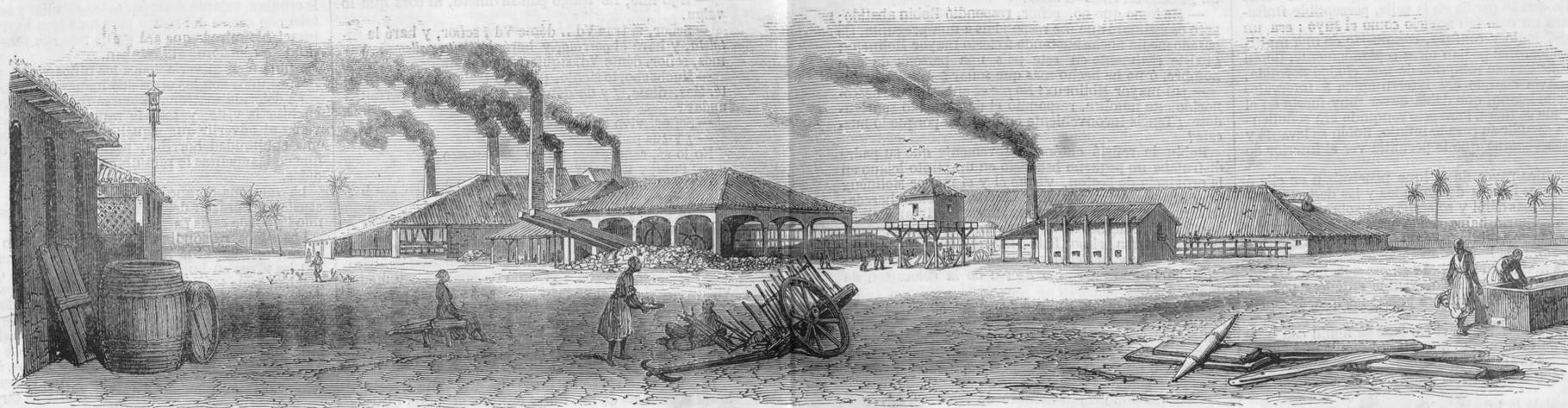
La población de los negros, ménos bien dirigida, produce ménos: no hay tanta unidad, los errores son frecuentes, y los errores en el cultivo de la caña producen siempre pérdidas considerables.

Los cálculos del cultivo, de sus necesidades y de sus mejoras deben hacerse por un año; y cuando se corta la cosecha de hoy es preciso pensar en la del año próximo. En un ingenio de proporciones regulares el administrador debe verlo y examinarlo todo por sí mismo; debe dársele cuenta en cuanto crece la caña de su abundancia probable y de los huecos que puede haber en tal ó tal sitio; debe tener muy presente las probabilidades de la sequía; y por último debe remediario todo y preparar la cosecha próxima, aun cuando la que explota se halle en pié todavía. Ahora bien, si el terreno que tiene á su cargo es demasiado grande, y debe atenderse en parte á lo que le digan los mayrales, no podrá prevenir á tiempo el mal, y la mucha extensión de sus cosechas producirá el mismo peligro que si fuese un hombre sin experiencia.

Por eso los colonos mas experimentados aseguran que valen mas dos ingenios de cinco á seis mil cajas, que la misma explotación concentrada en uno solo, contando todos los gastos que ocasionan la construcción de edificios y la instalación de máquinas.

ASPECTO DEL INGENIO.

El aspecto del ingenio en tiempo de la fabricación del azúcar es de una animación extraordinaria. Todos son gritos y movimientos. Aquí las carretas descargan la caña, mas allá las máquinas están funcionando; el humo de los hornos llevado por el viento, mezcla sus largas espirales con los blancos vapores que se escapan de las calderas.



El ingenio de Santa Elena.



Una esclava molata.



Santa Elena. — Casa de Criollos.

epidérmis de color de chocolate reluce sobre los miembros rollizos, y como la modestia no es el primer fundamento de su educación, entregan sin cuidado á la admiración pública todo aquello que entre nosotros es un secreto reservado á la contemplación materna.

La otra casa es la enfermería, poco animada por lo regular, aunque cuando yo fui habia en ella algunos desgraciados, víctimas de accidentes graves. A uno le habia cortado las piernas la rueda de una carreta; otros envueltos en sus mantas se consolaban de la fiebre, durmiendo. En un sitio apartado habia tres ó cuatro mujeres en cama; las enfermeras por limpias que estén presentan un aspecto poco agradable; así fué que solo me detuve en esta el tiempo suficiente para ver que los enfermos estaban cuidados allí con el mismo esmero que hallan los blancos en los hospitales.

A una milla del ingenio hay además de la enfermería ordinaria una casa de sanidad, reservada principalmente para las mujeres y los niños, en cuya sangre se revelan enfermedades de familia; abrigada detrás de los cafetales, en el fondo de un huerto que alimenta la mesa de los convalidados, esta casita blanca parece ocultarse á todas las miradas.

LA CASA DE VIVIENDA.

Santa Elena es uno de los buenos ingenios habitables que he visto. Construida en uno de los ángulos del terreno ocupado por los edificios, pero fuera del círculo del trabajo, la habitación de Santa Elena se halla en una vasta plazoleta que la defiende por tres lados de los rayos del sol, tocando á un jardín dividido en huerto cultivado, y monte con abundante sombra. A cualquiera hora del día, y en todas las estaciones se puede salir sin temer al sol. Las cocinas se hallan separadas del cuerpo principal, y otra habitación adyacente con cinco ó seis cuartos, ofrece su hospitalidad á los extranjeros y á los amigos, cuando reside allí toda la familia.

Nada puede imaginarse mas alegre, agradable y colonial, al rayar el alba, y después de tomar café montabamos á caballo y nos íbamos á correr por aquellos campos. Siempre hallabamos aquí y allá alguna casa dependiente de Santa Elena, donde encender un cigarro, pues naturalmente el cigarro es el compañero mas fiel del viajero en la Isla de Cuba.

En una de estas habitaciones me encontré un día con un criollo bastante viejo, curtido como un cuero de Córdoba, de genio alegre, y muy apasionado á las riñas de gallos. El mismo criaba algunos de estos valerosos animales, y me hacia sobre este punto magníficas disertaciones en español, á las que yo respondia en italiano, de modo que nos entendiamos á las mil maravillas.

Mientras el buen viejo me mostraba sus gallos, el acaso me dió á conocer á la mas bonita mulata de diez y seis años que haya dado jamás la lumbre á un ginete deseoso de encender su cigarro. La lumbre era una ascua en una cuchara; el caballo hizo una pirueta, la cuchara se volvió y el ascua se cayó al suelo. Hubo que recogerla, pero el diablo del caballo no quiso estar quieto; la muchacha se echó á reír como una loca; no he visto nunca una mulata tan alegre como aquella.

Mas léjos los cajones abiertos al sol, se pueblan de una banda negra ocupada en hacer pedazos y extender el azúcar, en tanto que en el fondo, sobre el molino pasa como en un teatro el carro que lleva los pilones á la casa de purga por unos carriles suspendidos á la altura del tejado.

A la hora de las comidas todas las labores se suspenden; se restablece el silencio y entónces se limpian las máquinas y las calderas en tanto que los bueyes y los toros inofensivos van á apagar su sed en el pilon de piedra. Hay allí talleres para todo; para construir y componer los vehículos de esta inmensa explotación, para hacer toneles, cajas y bodegas, y también para serrar maderas; las cuerdas abiertas á todos los vientos y cubiertas únicamente con un tejado, abriga una porción de mulas y caballos. El barracon de los negros, desierto por el día á la hora del trabajo, resuena con el gruñido variado sobre todos los tonos de otra población negra de cuadrúpedos que se dejan atar tranquilamente con tal de que puedan comer y dormir sin molestarse.

Pero hace mucho calor en el corral, el sol abrasa; busquemos un abrigo entre los naranjos que rodean la habitación, y pasaremos de camino por dos casas situadas en los límites del ingenio.

LA CASA DE CRIOLLOS Y LA ENFERMERIA.

A la extremidad del bosque de naranjos se abre la plazoleta de una casa aislada, protegida en parte por la sombra de los cocales. No preguntemos quien la habita, y miremos únicamente esa cuadrilla de negritos que fieles á su naturaleza huyen de la sombra y se ponen á jugar al sol. Si los negros son muy feos en la edad madura, en cambio son muy bonitos en la primera infancia. Su carita redonda adornada con dos ojos magníficos, encantan la vista; sus labios no tienen todavía ese desarrollo bestial que nos repugna; su nariz no se ha ensanchado aun, y hasta su lana encrespada presenta á cierta distancia un carácter agradable. Su

Luego volviamos para almorzar, y claro está que el almuerzo se terminaba fumando. Despues yo tomaba mis lápices, mis pinceles y mi quitasol y dibujaba. Comiamos á las tres ó las cuatro, en seguida montabamos otro poco á caballo, y la noche la pasabamos en la plaza; yo escribía mis notas de viaje, y por último, despues de haber fumado el vigésimo cigarro, y despues de beber un vaso de *guarapo* nos acostabamos. Nunca he dormido con mejores ganas.

No habia día que no diera un paseo á la sombra de los limoneros, naranjos, palmeras y otros árboles que adornan aquel sitio encantado; las naranjas así como otras frutas sabrosas y delicadas colgaban de las ramas como ofreciéndose á la mano, y puedo asegurar que en mi vida he comido mejores frutas.

#### LOS INCENDIOS EN LOS CAÑAVERALES.

Las escenas de la vida colonial no son siempre tan pastoriles como las que acabo de pintar, y á veces el idilio se cambia en drama. Cuando la cosecha está madura ya, las hojas inferiores de la caña, caidas en el suelo y secas por el calor, forman una especie de alfombra inflamable al menor descuido; una punta de cigarro mal apagada, una chispa basta para provocar un vasto incendio. Por eso en las épocas de sequía hay hombres á caballo y armados que vigilan de día y de noche al rededor de los campos, sobre todo á las orillas de los caminos de mucho tránsito. Estas precauciones previenen á menudo grandes desastres, dando á tiempo el grito de alarma. Algunos días ántes de nuestra llegada á Santa Elena se declaró un incendio cerca del ingenio sin saber como; hacia poco aire, y en un momento el cuadro de donde se elevaba el humo quedó envuelto por esclavos que guardaban las calles por los cuatro costados. Lo único que se desea en tales casos, es preservar del incendio los cuadros vecinos. Al instante cortaron las cañas por el lado hácia donde iba el aire; los cubos y los toneles de agua circulaban por todas partes; el cuadro quedó devorado enteramente, pero el fuego se detuvo allí impotente para saltar las calles, y la desgracia se consideró como poca cosa en comparacion de lo que habria podido ser, si el aire hubiera soplado con mas fuerza.

M. DE T.

### Mi primo el mayor Molineux.

HISTORIA AMERICANA, POR NATHANIEL HAWTHORNE.

(Conclusion.)

Robin echó á correr como un loco por la ciudad, muy dispuesto á creerse bajo la influencia de un hechizo semejante al que un mago de su país habia arrojado á tres personas que lo perseguian, y que anduvieron perdidas una larga noche de invierno á veinte pasos de la cabaña que buscaban. Presentábasele las calles con aspecto siniestro y desiertas; en las casas se veian ya muy pocas luces. Sin embargo, dos veces pasaron junto á él con paso rápido dos pequeños grupos de hombres con trajes singulares; pero, aunque se pararon á hablarle, este cambio de palabras no disminuyó su embarazo. Solo pronunciaban algunas palabras que Robin no comprendia, y viendo que no podia responderles, le echaban una maldición en buen inglés, y se alejaban. Finalmente, Robin se decidió á llamar á la puerta de toda casa que le pareciese digna de ser habitada por su primo; confiaba en vencer la fatalidad que lo perseguia á puro de perseverancia. Decidido á esto, atravesaba á lo largo de la pared de una iglesia que hacia esquina á dos calles, cuando en el momento en que pasaba por la sombra del campanario, tropezó con un individuo envuelto en su capa que venia con paso apresurado; pero Robin se plantó delante de él, teniendo cogido su garrote por los dos extremos en forma de cruz para impedirle el paso.

— Parad, buen hombre, y responded á esta pregunta, le dijo resueltamente. ¿Decidme el punto dónde vive mi primo el mayor Molineux?

— Callad la boca, locuelo, y dejadme pasar, respondió una voz áspera que Robin creyó reconocer. ¡Dejadme pasar, ú os derribo á tierra!

— ¡No, no, vecino! gritó Robin, blandiendo el garrote y acercando á su cabeza el extremo mas grueso. No, yo no soy loco como imagináis, y no seguiréis adelante sin responder á mi pregunta. ¿Dónde vive mi primo el mayor Molineux?

En vez de avanzar, el pasajero dió un paso atrás, descubrió su cara que iluminó la luna, y fijó sus miradas en Robin.

— Aguardad aquí una hora, dijo él, y veréis pasar al mayor Molineux.

Robin contemplaba con una admiracion mezclada de terror las facciones singulares de aquel que le hablaba. Aquella frente con dos prominencias, la nariz arqueada, las cejas erizadas, aquellos ojos ardientes eran sin duda los que habia visto en la posada; pero la tez de aquel hombre habia sufrido una variación, ó por mejor decir dos: una mitad de su rostro brillaba con un carmesí encendido, en tanto que la otra estaba mas negra que el azabache; la línea de division pasaba por la curva de su nariz. La boca, que parecia abierta de oreja á oreja, estaba igualmente encarnada y negra, pero

de un modo que formaba contraste con el color de las mejillas. El efecto era el de los demonios, el espíritu de las tinieblas y el del fuego, unidos para formar aquella figura infernal. El desconocido se rió en las barbas de Robin, cubrió de nuevo su faz y desapareció como un relámpago.

— ¡Cosas raras se ven cuando se viaja! dijo Robin.

Sentóse en las gradas de la portada de la iglesia, resuelto á esperar á su primo durante una hora. Empleó algunos momentos en meditaciones filosóficas acerca de la especie de hombre que acababa de irse; pero habiendo resuelto este punto de un modo sutil y razonable, se vió obligado á buscar nueva distraccion en otra parte.

En primer lugar recorrió con sus miradas toda la calle. Esta tenia un aspecto mas razonable que la mayor parte de las que habia recorrido; y la luna, que crea, como la imaginacion, bellezas extrañas en objetos comunes, imprimia cierto sello romántico á una escena que no tendria novedad alguna al buen mediodía. La arquitectura irregular y á veces extravagante de las casas, de las cuales tenian algunas sus tejados divididos en piñones, mientras otros remataban en una sola punta aguda, ó en un cuadrado; la blancura de nieve de algunas paredes, el color oscuro de otras, y los reflejos de los vidrios y objetos relucientes engastados en el revoque, todo esto distrajo á Robin, y concluyó por aburrirlo. Entónces ensayó el distinguir objetos distantes, que desaparecian como fantasmas; justamente cuando sus miradas estaban á punto de definirlos. Por fin examinó minuciosamente un edificio que se hallaba al otro lado de la calle enfrente de la portada en que se habia sentado. Era una casa grande, cuadrada, que se diferenciaba de sus vecinas por un gran balcon apoyado en columnas, y una curiosa ventana gótica que comunicaba con este balcon.

— Tal vez es la casa que estoy buscando tanto tiempo hace, pensó Robin.

Procuró en seguida matar su tiempo con el sordo murmullo que se perdía en la calle, perceptible únicamente para un oido tan novicio como el suyo: era un ruido bajo, lento y confuso, compuesto de una multitud de ruidos, que podian oirse separadamente. Robin se admiraba de este ronquido de una ciudad dormida, y mas todavía cuando era interrumpida á intervalos por un grito lejano, que debia de ser muy fuerte en el punto donde se diera. Pero este ronquido era soñoliento, y para sacudir su pesado influjo, Robin se levantó y trepó á una ventana que le permitia ver el interior de la iglesia.

Los trémulos rayos de la luna penetraban en ella é iluminaban los bancos desocupados y las desiertas naves. Una luz mas débil y solemne caía sobre el púlpito, y un rayo solitario habia osado pararse en la página abierta en la gran Biblia. ¿Venía la naturaleza á hacer oracion en aquella hora silenciosa en el templo levantado por la mano del hombre? ¿ó era aquella claridad celeste la santidad del sitio, visible entónces porque ningun pié impuro y terrestre pisaba las losas de aquel recinto?

Este aspecto estremeció el corazón de Robin con una sensacion de aislamiento mas glacial que la que habia sentido en las profundas soledades de los bosques donde habia nacido; bajó pues de allí y se sentó de nuevo en las gradas.

Al rededor de la iglesia habia sepulcros, y un pensamiento desagradable se presentó á la imaginacion de Robin. ¿Qué seria si el objeto de sus pesquisas estuviera pudriéndose bajo un sudario? ¿si el fantasma de su primo, colándose por aquella puerta, viniera á sonreírle y hacerle una reverencia?

— ¡Ah, si tuviera yo siquiera un sér viviente junto á mí! dijo Robin.

Llevó sus pensamientos léjos de aquel lúgubre sendero, llevólos á la selva, al monte, á la colina, al arroyo, y procuró imaginarse cómo habria pasado en la casa paterna aquella noche de fatiga é inquietud.

Representase la familia reunida ante la puerta, bajo el árbol añoso, que se conservaba á causa de su tronco torcido y su venerable sombra, al paso que habian sido abatidos muchos de sus hermanos, poblados de follaje. Allí es donde en verano, al ponerse el sol, tenia su padre costumbre hacer la oracion de la tarde, á fin de que los vecinos pudieran unirse á él, como hermanos de una misma familia, y los viajeros pudieran pararse á apagar su sed en aquella fuente y conservar puro su corazón renovando el recuerdo de la patria y del hogar doméstico.

Robin reconoció el lugar que ocupaba cada individuo de aquel pequeño auditorio; él apercibió al buen hombre en el centro, levantando las Escrituras hasta la dorada luz que venia de las nubes de Occidente; él lo vió cerrar el libro, y vió á todos levantarse para orar; él oyó las antiguas acciones de gracias por los beneficios cotidianos, las antiguas súplicas para que Dios se dignara continuarlos; y aquellas fórmulas viejas que habia escuchado tantas veces con tedio, formaban entónces uno de sus mejores y mas queridos recuerdos.

Él observó el ligero temblor de la voz de su padre, cuando habló de aquel que estaba ausente; él notó que su madre volvía el rostro hácia el espacioso tronco retorcido; él vió el aire desdeñoso de su hermano mayor, porque el bigote rudo no le permitia mostrarse conmovido; él vió como su hermano menor que él doblaba sin tronchar ante sus ojos una rama, y como la mas pequeña, aquella cuyos juegos habian casi infringido el decoro de aquella escena, comprendiendo que

se oraba por el compañero de sus diversiones, dejaba estallar su ardiente dolor. Luego vió como traspasaban todos el umbral familiar, y cuando quiso entrar con ellos, la portezuela se abrió, y quedó fuera del techo paterno.

— ¿Estoy aquí ó allí? exclamó Robin levantándose; porque en el momento en que sus pensamientos se le habian hecho sensibles como un sueño, volvió á ver ante él la calle larga, ancha y solitaria.

Removiése y se esforzó en mirar atentamente el gran edificio que habia examinado ántes. Pero su imaginacion vacilaba aun entre el sueño y la realidad. Las columnas que soportaban el balcon se prolongaban con troncos sencillos de pinos, luego se convertian en figuras humanas, y despues recobraban su altura y formas naturales para empezar de nuevo otra serie de metamorfosis. En un momento en que se juzgó bien despierto, hubiera podido jurar que una cara, — una cara que recordaba, sin poder no obstante fijar en ella el nombre de su primo, lo miraba desde lo alto de la ventana gótica.

Peró un sueño mas profundo vino á luchar cuerpo á cuerpo con él; casi habia este vencido á Robin, cuando fué ahuyentado por el ruido de pasos que venia de la acera de enfrente. Nuestro héroe se restregó los ojos, vió á un hombre que pasaba por debajo del balcon, y se dirigió á él con voz doliente y enojosa:

— ¿Ola, amigo? tendré que aguardar toda la noche á mi primo el mayor Molineux?

Los ecos dormidos se despertaron y respondieron á su voz; y el transeunte, que divisaba apenas una figura sentada á la oblicua sombra de la torre, cruzó la calle para ver mas claro. Era un hombre en la flor de la edad, faz despejada, franca, alegre y afable. Reconociendo á un campesino al parecer sin asilo ni amigos, le dirigió benévolutamente la palabra, cosa muy nueva á los oídos de Robin.

— Y bien, amigo, ¿porqué sentado aquí? le preguntó. ¿Puedo servirlos en algo?

— Me temo que no, señor, respondió Robin abatido; pero os estimaré que me respondais á una pregunta. He pasado media noche buscando á cierto mayor Molineux; ¿existe realmente en este país una persona de este nombre, ó no he hecho mas que soñar?

— ¡El mayor Molineux! No me es enteramente desconocido este nombre, respondió el desconocido sonriéndose. ¿Teneis inconveniente en decirme porqué lo buscáis?

Robin le refirió entónces brevemente que su padre disfrutaba un pequeño beneficio en un punto lejano en la provincia de Boston, y que él y el mayor Molineux eran hijos de hermanos. Este mayor, habiendo heredado á un pariente y habiéndose educado militar y civilmente, habia hecho, uno ó dos años habia, una pomposa visita á su primo; habia manifestado mucho interés por Robin y su hermano mayor, y como él no tenia hijos, habia indicado algo acerca de la colocacion de uno de los dos.

Destinado el primogénito á suceder á su padre en la granja que explotaba en el intervalo de sus santas funciones, fué decidido que Robin se aprovecharia de la generosidad de su primo, tanto mas cuanto que él era hasta cierto punto su favorito, y era reputado por poseer todas las cualidades necesarias.

— Porque me juzgan hombre de recursos, observó Robin, en este lugar.

— No dudo que merecis esa reputacion, replicó su nuevo amigo, pero os suplico que continuéis.

— De suerte que, estando cerca de los diez y ocho años, y con todas mis creces, como veis, prosiguió Robin estrándose, he creído que era hora de entrar en el mundo. Mis padres me hicieron un equipaje decente; mi padre me dió la mitad de lo que le sobró del sueldo del año pasado, y me puse en camino, cinco dias hace, para presentarme al mayor. Pero ¿lo creeréis, caballero? He cruzado la bahía al anochecer, y todavía no he hallado quien me dé las señas que pido; solo uno me ha dicho hace una hora ó dos que me espere aquí, y que veré pasar al mayor Molineux.

— ¿Podeis describirme al que os ha dicho esto?

— ¡Oh! caballero, era un feo personaje, con dos bultos en la frente, la nariz acaballada, los ojos chispeantes; y lo que me parece aun mas raro, con la cara de dos colores. ¿Conoceriais por casualidad á ese individuo?

— No mucho, pero acabo de tropezar con él poco ántes de llegar aquí. Me se figura que podeis creerlo, y que el mayor no tardará en pasar por esta calle. Sin embargo, como deseo presenciar vuestra entrevista, me sentaré en estos escalones, y os haré compañía.

Hízolo así, y pronto trabó con su camarada una conversacion muy seguida. Pero fué de corta duracion; porque un ruido fuerte de voz que se oía á lo léjos y que se acercó mucho, hizo preguntar á Robin la causa de aquellos gritos.

— ¿Cuál puede ser el motivo de ese tumulto? dijo él. En verdad, si vuestra ciudad es siempre tan bulliciosa, creo que no dormiré mucho en ella.

— Parece, amigo Robin, que hay esta noche en pié tres ó cuatro farsantes. Y además, no espereis hallar en nuestras calles el silencio de vuestras montañas. Pero el vigilante dará muy pronto con esos locos y...

— Y los pondrá en el cepo al amanecer, interrumpió Robin, recordando su encuentro con el dormido portafarol. Pero, caballero, si he de dar crédito á mis oídos, un ejército de serenos no bastaria para hacer frente á tal multitud. Lo ménos hay mil voces confundidas en una sola.

— No puede un hombre tener muchas voces, Robin, tan fácilmente como dos colores en su cara?

— Un hombre, quizás, ¡pero Dios nos preserve de una mujer que tenga muchas voces! respondió el discreto joven, pensando en los seductores acentos del ama de gobierno del mayor.

En este momento el sonido de la trompeta se oyó con tanta fuerza en una calle inmediata, que la curiosidad de Robin se vió vivamente excitada. Además de los clamores de la muchedumbre, oía el ruido de muchos instrumentos discordes, y los intervalos los llenaban risotadas groseras y confusas. Robin se levantó, y dirigió sus curiosas miradas hacia un punto en que se apiñaban muchos individuos.

— Alguna farsa se representa, dijo. Yo me he reído poco desde que he dejado mi casa, y sentiría perder tan buena ocasión. Volvamos la esquina para acercarnos á aquella casa sombría, y tomar parte en la diversion.

— Sentaos, mi buen Robin, sentaos, replicó el desconocido cogiéndolo por un faldón de la casaca; olvidais que debemos aguardar aquí á vuestro primo, y es de creer que va á pasar dentro de algunos instantes.

La aproximación del tumulto había despertado á la vecindad; por todos lados se abrían las ventanas; cabezas con gorros de dormir, y aun desfavoridas por la brusca interrupción del sueño, se ofrecían á la vista del que quisiera observarlas. De una ventana á otra se pedían explicaciones, que nadie estaba en el caso de poder dar. Hombres á medio vestir corrían hacia el tropel, y tropezaban en las escaleras de piedra de la estrecha calle. Los gritos, las carcajadas y los sonidos antipodas de la armonía se aproximaban poco á poco, hasta que por fin doblaron la esquina distante unos cien pasos, primero algunos individuos sueltos, después pelotones muy compactos.

— ¿Conoceréis á vuestro primo si pasa en medio de la multitud?

— En verdad, no diré que sí, caballero; pero voy á permanecer en acecho, respondió Robin bajando al borde de la acera.

Una oleada de gente desembocaba en aquel momento en la calle, y se dirigía hacia la iglesia con lentitud. En medio de la multitud, revolvió la esquina un ginete, seguido de una banda de músicos cuyos instrumentos vomitaban sonidos mas desconcertados que nunca. En seguida una claridad mas rojiza hizo palidecer los rayos de la luna, y una multitud de antorchas brilló en toda la calle, cubriendo con su lúgubre resplandor todo lo que iluminaban. El ginete, con uniforme militar y espada desenvainada, iba delante de la procesion, y su figura terrible y abigarrada parecía una personificación de la guerra; el carmesí de una de sus mejillas parecía el emblema del fuego y del arma ensangrentada; lo negro de la otra representaba el luto que los acompaña.

En el cortejo desfilaban figuras salvajes vestidas de indios, y seres cuyo traje no tenía modelo en parte alguna; todo aquello parecía un sueño de cabeza febril paseándose á media noche por las calles. Una porción de gentes que no hacían mas papel que el de espectadores cerraba la procesion y palmoteaba; las mujeres iban y venían mezclando sus gritos agudos de alegría ó terror á otros mas graves que lanzaba el tumulto.

— El hombre de dos caras tiene los ojos clavados en mí, murmuró Robin con la idea confusa y desagradable de que iba á tomar parte en aquella ceremonia.

Mientras su caballo pasaba despacio delante del joven campesino, el ginete fijó su mirada en Robin. Y cuando este sintió sus ojos libres de sus ardientes pupilas, los músicos desfilaban y las antorchas se acercaban; pero su vacilante luz formaba para él un velo impenetrable. A veces llegaba á su oído un ruido de ruedas; luego aparecían á intervalos formas humanas con confusion, y se fundían en seguida en una viva claridad. Muy pronto el jefe del cortejo mandó hacer alto con voz de trueno: las trompetas vomitaron horribles notas y se callaron, los clamores y las carcajadas de la gente cesaron, y de tanto estrépito y vocería solo quedó cierto murmullo general, que es el silencio de la multitud. Ante los ojos de Robin había una carreta descubierta, á la cual enviaban las antorchas sus mas brillantes resplandores, al paso que la luna derramaba sobre ella una claridad semejante á la del día. En aquella carreta estaba sentado, untado con brea y cubierto de plumas, ¡su primo el mayor Molineux!

Era un hombre cercano á la vejez, de elevada estatura, de formas vigorosas, hombros anchos, indicio de un alma firme; pero por firme que fuese, sus enemigos habían hallado modo de conmovérlo. Su cara estaba pálida como la muerte, su espaciosa frente se contraía con su agonía, de suerte que sus cejas no formaban mas que una sola línea; sus ojos estaban inyectados de sangre, y una espuma blanca se aglomeraba al rededor de sus trémulos labios. Un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo, y su fiera se esforzaba en dominarlo aun en tan abrumadora humillacion. Pero su mas amargo dolor fué el tropezar con las miradas de Robin, porque al punto reconoció al joven, testigo del envilecimiento de una cabeza encanecida con honor. Miráronse en silencio, las rodillas de Robin vacilaron, y sus cabellos se erizaron con una mezcla de terror y compasion. Pero pronto cedió su imaginación á una especie de delirio: sus aventuras de la noche, la inesperada aparición de la turba, el tumulto reemplazado repentinamente por el silencio, la imagen de su primo ultrajado por la multitud, — todo esto, y mas todavía que esto, la conciencia de un despiadado ridículo en el fon-

do de esta escena, produjo en su cabeza una especie de embriaguez.

En aquel instante una voz de enojosa alegría sonó en los oídos de Robin; volvióse instintivamente y apercibió detrás de la esquina de la iglesia el porta-farol que se frotaba los ojos, y se recogió con la estupefacción del campesino. En seguida oyó una carcajada semejante al repique de una campanilla de plata; una mujer le cogió el brazo, una pupila provocadora tropezó con su mirada, y vió á la dama del guardapiés encarnado. Otra segunda risotada lo volvió en sí, y reconoció al hostelero sobre las puntas de los pies en medio del tropel, cubierta la cabeza con su delantal blanco. Por último, por encima de las cabezas de todos, pasó la tercera carcajada interrumpida por un ¡hem, hem! sepulcral. ¡Ha, ha, ha!... ¡hem, hem!... ¡ha, ha, ha!

Este ruido partía de un balcon de la casa situada en frente de la iglesia, y Robin dirigió á él sus miradas. En la ventana gótica se hallaba el viejo envuelto en una bata blanca; su peluca cenicienta había sido reemplazada por un gorro de dormir; apoyábase en su baston para entregarse á aquel exceso de risa convulsiva, que en su rugosa faz producía el efecto de una inscripción burlona sobre un sepulcro. Robin se imaginó que oía la voz de los barberos, la de los huéspedes de la hostería, y la de todos aquellos que se habían reído de él aquella noche.

El contagio de las risas burlonas se esparció por la multitud, y se apoderó del mismo Robin. Él lanzó una carcajada que repitieron los ecos de la calle; todos reían estrepitosamente, pero la risa de Robin dominaba todas las demas. Los espiritus de las nubes sacaron la cabeza de sus argentadas islas, cuando aquel estrépito llegó allá arriba. El hombre de la luna oyó el ruido lejano y exclamó:

— ¡Oh, oh! ¡la vieja tierra se despacha á su gusto esta noche!

Cuando hubo un momento de calma, el ginete hizo una señal, y la procesion volvió á ponerse en marcha.

Los diversos personajes avanzaron, semejantes á demonios que se burlan de un príncipe muerto, que ha perdido su poder, aunque todavía conserva su majestad en la agonía. Avanzaron con gravedad pomposa y simulada, clamores locos, alegría frenética, pisoteando el corazón de un anciano. Pasado el tumulto, la calle quedó en silencio.

— Y bien, Robin, ¿soñais? le preguntó su compañero dándole un golpecito en el hombro.

Robin se estremeció y soltó el brazo del poste en que lo había apoyado instintivamente en tanto que cruzaba ante él la viviente ola. Su rostro había palidecido, y su ojo estaba ménos vivo que en la primera parte de la noche.

— ¿Tendrais la bondad de indicarme el embarcadero?... le dijo.

— En ese caso, ¿habeis cambiado el objeto de vuestras preguntas? le respondió su compañero sonriéndose.

— Sí, señor, respondió Robin un poco secamente. Gracias á vos y otros amigos, por fin he hallado á mi primo, y me parece que él no debe querer volverme á ver. Comienza á cansarme la vida de la ciudad. ¿Quereis indicarme el camino de la bahía?

— Esta noche, no, mi querido Robin. Dentro de algunos dias, si lo deseais, os haré partir para vuestro país; ó si preferís permanecer aquí, vos que sois un joven de recursos, tal vez haréis vuestra fortuna sin el apoyo de vuestro primo el mayor Molineux.

### Montañas de nieve.

En el Atheneum hallamos los detalles siguientes acerca de las montañas de nieve descubiertas hace cuatro años al Este del Africa:

«Estas montañas las de Kilimanjaro y Kenia, descubiertas por los misioneros Rebmann y Krapf, residentes en Rabbai-Empia, cerca de Mombas. Kilimanjaro está situado al 3° y medio grado de latitud Sud, y al 37° de longitud Este, cerca de 160 millas geográficas Oeste-Noroeste de Mombas. Estos misioneros han emprendido su viaje en 1847 y se han contentado con indicarnos simplemente estas montañas, no teniendo medios para hacer estudios científicos profundos; pero nosotros debemos la atención de algunos detalles acerca de los habitantes, las producciones, el clima y la naturaleza de estas montañas, á M. J. H. Short, capitán de varios barcos del iman de Mascate.

»Bajo el Ecuador, el rio caudaloso de Juba ó Jub entra en el Océano Indio. Las avenidas de este rio son fáciles en toda estacion. Yo he remontado este rio, y he encontrado siempre indígenas dulces, pacíficos y dispuestos á entablar relaciones comerciales con los extranjeros. A cierta distancia apercibí altas montañas que encierran, á lo que se dice, minas muy ricas. Yo remonté el Juba en un pequeño schooner, cuya tripulacion se componia de indígenas de la costa de Zanzibar. En noviembre de 1849, apercibí nuevas montañas muy elevadas, con la cima muy blanca, pero dudo mucho que su blancura proviniese de la nieve.

» El capitán Short, que no ha visto jamás nieve bajo los trópicos, no ha podido creer en su existencia, y

atribuía á otra causa el coronamiento blanco de estas montañas. Sin embargo, segun el informe de situacion y de forma, es seguro que los misioneros y el capitán hablan de los mismos puntos, y que la cima del Kilimanjaro está perpetuamente cubierta de nieve.

» Segun el curso de esta cadena es probable que estas montañas encierren el secreto del origen misterioso del Nilo; porque sus manantiales han opuesto obstáculos insuperables á los atrevidos viajeros, que por la Nubia, el lago Tsad, ó la costa Oeste, han intentado llegar hasta allí. Además de las dificultades naturales, es preciso todavía atravesar tribus guerreras que miran á los extranjeros como á sus mortales enemigos, y que no podrían dominarse sin muchos esfuerzos.

» La costa de Zanzibar es la que ofrece mas probabilidades de buen éxito. En todo caso, un viaje á Kilimanjaro hasta para satisfacer la curiosidad del viajero mas ávido de novedades. Hoy son fáciles las comunicaciones entre Inglaterra y Mombas por Eden. De Mombas se necesita cerca de doce dias para llegar á las montañas; y sin embargo ningun viajero ha osado penetrar en aquellas regiones para prestar á la ciencia geográfica el servicio de establecer de una manera positiva la posicion y la naturaleza de estas montañas de nieve bajo el Ecuador. Segun los informes de varios misioneros, el clima es excelente, sano y bastante templado. Los naturales de estos países son dulces y pacíficos, y el iman de Mascate, que reina en todas aquellas costas, está muy bien dispuesto á recibir á los europeos, y á proteger y secundar sus empresas.

» Una expedicion á esos parajes seria útil bajo diferentes aspectos; en primer lugar podria hallar la solucion de problemas que no han podido resolverse siglos hace; la expedicion no tendria que temer los climas perniciosos y malsanos del Oeste, y podria indudablemente fundar los gérmenes de la civilizacion y del cristianismo en aquellos pueblos que, por algunos ejemplares conocidos, están muy preparados para comprender los beneficios de la religion.»

### M. Fontaine.

Un contemporáneo de David, uno de los últimos de la generacion de artistas formada en la última parte del siglo XVIII, y que habían llegado ya á la madurez al principio de este, el célebre arquitecto M. Fontaine, acaba de morir á los 91 años de edad. Entró en la escuela de Peyre, arquitecto del rey; obtuvo en 1785 un segundo premio, y partió para Roma viajando á sus expensas económicamente. Allí se le reunió al año siguiente su condiscípulo Percier, dos años mas joven que él, y contrajeron una amistad que no se ha alterado durante medio siglo.

Los dos amigos hicieron una vida laboriosa, dibujando los monumentos de Roma y los de sus alrededores. El aislamiento en que vivían les valió el epíteto de *etruscos* que les dieron sus camaradas.

Después de esta dichosa época de estudio se encontraron en París, buscando los dos medio de utilizar sus talentos, y habitando cuartos modestos esperando la hora de construir palacios. En esta época hicieron modelos de muebles para Liguereux y Jacob, fabricantes famosos. Por aquel trabajo, al cual no dieron al principio importancia, comenzaron á fundar su dominación artística. El gusto nuevo que imponían á los muebles, lo iban á trasportar muy pronto á la arquitectura.

Su primer trabajo consistió en trasformar en 1793 la capilla de San José, situada donde hoy está el mercado, en sala de asamblea de seccion.

Los trabajos que ejecutaron en aquella época no les fueron pagados. La fortuna debía venir, pero se hacía aguardar. Mas tarde David indicó á Percier á madama Bonaparte, descontenta con la arquitectura de la Malmaison. M. Fontaine decidió á aceptar á su amigo que andaba dudoso. Por su parte, Percier quiso que lo acompañara M. Fontaine al ir á visitar al Primer Cónsul. « En vez de un arquitecto, fueron recibidos dos, » dice M. Valery en la biografía de M. Percier. He aquí algunos detalles de las circunstancias que decidieron de su porvenir.

« El Cónsul y madama Bonaparte quedaron muy satisfechos del celo y la capacidad de los dos arquitectos, cuyo cuidado se extendía hasta los detalles. Parece que no se hallaban las mismas ventajas en el palacio largo tiempo incómodo de Tullerías.

Sabido es que esta clase de inconvenientes hacen por lo comun quejarse mas á los criados que los amos. El ayuda de cámara de Bonaparte, que se tomaba con él las libertades de un antiguo servidor, no cesaba de quejarse, y oponía la Malmaison á las Tullerías, que tenían por arquitecto á Lecomte. Un dia que hostigaba á este último, y le echaba en cara la poca solidez de cierta obra, Lecomte, impacientado, replicó que la cosa duraría mas que ellos. El camarero no dejó de llevar el cuento al general (porque él no le daba otro título), y el cónsul furioso destituyó al atrevido artista. Percier y Fontaine pasaron así á ser arquitectos del Louvre y de las Tullerías, y nunca hubo elección que pareciese mas sencilla y legítima. » Sus trabajos en el Louvre fueron considerables. No se concebiría hoy el estado de abandono en que estaba entonces. La yerba crecía donde se halla hoy el museo egipcio.

Entre las bellezas creadas por ellos en este palacio, es menester citar las escaleras de los dos extremos de la

columnata, y la magnífica del Museum. Ellos construyeron el ala izquierda, desde las Tullerías hasta la altura de la calle de Richelieu; el arco de triunfo de la plaza del Carrousel, etc.

Ellos hicieron juntos publicaciones artísticas que han sido célebres.

Difícil sería designar la parte de cada uno en esta mancomunidad prolongada de dos artistas, los dos hábiles dibujantes; pero las aptitudes diversas del talento de los dos amigos, el uno, M. Fontaine, dibujante atrevido é inteligente, el otro M. Percier, dibujante fino, minucioso y elegante, podrían servir de indicaciones para esta investigación. Tal vez en esta colaboración, la reputación de M. Fontaine ha sido oscurecida demasiado por la de su amigo. Aunque fuese él activo en sus relaciones con los ministros y el soberano, y aunque M. Percier, artista modesto, viviera retirado, el nombre de este ha triunfado en la opinión pública del de M. Fontaine. Su biógrafo le devolverá la parte que le corresponda.

Los arquitectos del imperio, imitando los monumentos antiguos de Roma, dotaron á la Francia desde principios de este siglo con una arquitectura sin tradiciones con su pasado, como lo era su nuevo gobierno. Si el arte perdió el carácter nacional, preciso es hacer justicia al buen gusto que mostraron en la mayor parte de las construcciones de un arte oficial, brillante sin duda, pero sin savia ni porvenir.

La Restauración quiso anudar la cadena rota de las tradiciones, y volvió á la edad media, menospreciada y olvidada. Sin embargo como la ogiva de san Luis se adoptaba ménos aun á la Francia moderna que la rica arquitectura de los césares, los monumentos de la Restauración difieren poco de los del Imperio. M. Fontaine ejecutó la capilla expiatoria de Luis XVI en la calle de Anjou.

M. Fontaine fué el arquitecto particular del duque de Orleans; él cons-



Fontaine.

truyó en Palais-Royal la galería transversal que ha reemplazado á las galerías de madera de vergonzosa memoria. Él dirigió los trabajos que el príncipe, convertido en rey, hizo ejecutar en diferentes palacios. Algunos fueron soberanamente impuestos, y no sin pena debió M. Fontaine destruir por exigencias del servicio interior toda la economía de la fachada de Tullerías, obra de Filiberto Delorme. Admitida la necesidad de los cambios, se debe reconocer que mostró habilidad y gusto, particularmente en la transformación del palacio de Versalles en Museo.

La república de 1848 conservó al arquitecto del Emperador y los reyes que vinieron en pos, su plaza de arquitecto del Louvre y Tullerías. M. Fontaine hizo dimisión: en aquel tiempo tenía 86 años. El familiar de la corte de Luis-Felipe vivió retirado en la calle de la Muette, á poca distancia del cementerio donde se halla enterrado. Su actividad y su inteligencia se ha conservado firme hasta la hora de morir. Algunas semanas antes se dirigía á las sesiones del Instituto, del que era miembro cuarenta años hacia, y á la reunion del consejo de construcciones civiles en calidad de presidente honorario.

Además de sus numerosos dibujos, M. Fontaine deja manuscrita una traducción de los *Animales parlantes* de Casti, cuyos fragmentos se complacia en leer á sus amigos, y un diario de anécdotas y sucesos notables, recogidos por él en el momento mismo, cuya comunicacion ha rehusado á veces á curiosos indiscretos.

El 12 de octubre último, un numeroso acompañamiento de amigos y artistas rodeaba su féretro, y un arquitecto inglés, M. Donaldson, miembro corresponsal del Instituto, uniendo su voz á las de MM. Le Bas, Leclerc y Gauthier, pagaba en nombre de los arquitectos de su país un justo tributo de elogios al talento del artista, á la franqueza del carácter y á su perfecta probidad.

### Minas de cobre del Oued-Allah.

EN ARGEL.

Desde 1851 la explotación de estas minas puede decirse que va siendo mas productiva y regular que nunca; se han abierto nuevos pozos hasta la profundidad de 150 metros y grandes galerías para facilitar la extracción del mineral. Los aparatos para el lavado y preparación se han aumentado, y los resultados van correspondiendo á las esperanzas de la compañía. Se han instalado tambien dos máquinas de vapor sobre los pozos, cuyo objeto es disminuir los jornales multiplicando la producción. La inauguración de estas máquinas tuvo lugar el juéves 8 de setiembre de este año en presencia de las autoridades civiles y militares del círculo de Ténés, hallándose representada la compañía por su gerente M. Fleury, antiguo secretario general del ministerio de Agricultura y Comercio.

El dibujo núm. 3 resume las principales circunstancias de la fiesta de esta inauguración. Los señores curas de Ténés, y de Montenotte, especialmente autorizados por el señor obispo de Argel, se presentaron en el lugar de la ceremonia acompañados del clero de sus respectivas parroquias. Los nuevos aparatos han sido bendecidos con una pompa desconocida en aquellas tierras y en medio de un concurso tan escogido como numeroso. Los empleados de la administración y los obreros seguían por su ór-

den al cortejo religioso que iba escoltado por un piquete de gendarmes, y veíase el campo cubierto por una muchedumbre de árabes que con sus cantos y trajes prestaban á la festividad mayor animación.

Los grabados 1 y 2 representan, el segundo la entrada de las gargantas del Oued-Allah con el puente americano que se encuentra en dicho punto, y el primero la salida de las expresadas gargantas por la puerta de Ténés. El camino trazado en este terreno escarpado, camino seguro, gracias á los trabajos del ejército, da una fácil comunicacion entre la puerta de Ténés y las minas de cobre. Este es el camino de Orleansville que sirve tambien para la exportación de las magníficas cosechas de las llanuras del Califato.

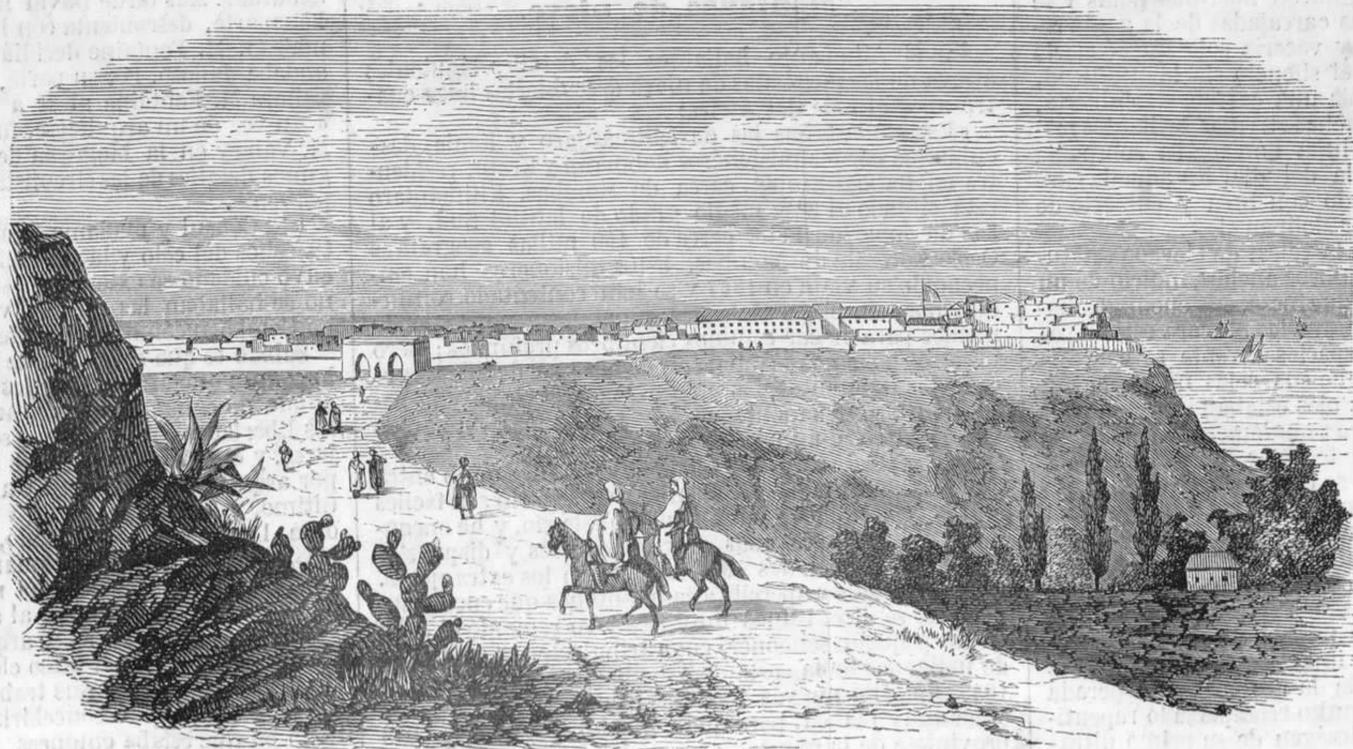
Las dos máquinas de vapor de que hemos hablado son las primeras que la industria francesa ha llevado

á Argel; representan cada una la fuerza de veinticinco á treinta caballos de vapor, lo que equivale á la de cien caballos ordinarios. La mas fuerte de estas máquinas está destinada á sacar diariamente la cantidad de 800 litros de mineral y el agua de los pozos cuando es necesario. Esta es una máquina de extracción á la presión media y sin condensación; tiene la posición horizontal, y es al mismo tiempo sencilla y ligera; podría extraer al día la cantidad de cuatrocientas á quinientas toneladas de diversas materias, lo que equivale próximamente á cuatro mil litros de agua por hora.

El segundo aparato, independiente del primero, es un malacate, vertical, de acción directa y basado sobre las principales máquinas de Cornouailles, pero simplificada por la supresión del volante. El pistón, movido por el vapor, levanta directamente las cuerdas de la bomba, colocada á 100 metros, produciendo la aspiración. Una especie de graduador, que tiene el nombre de catarata, determina el número de golpes que debe dar por segundo, dando proporción exacta al trabajo y gasto respecto del agua que necesita extraer.

Tres calderas de foco interior representan la fuerza colectiva de cuarenta y cinco caballos, asegurando el servicio de este magnífico aparato salido de los talleres de M. Taylor, de Marsella.

El 8 de setiembre ha sido para la población de Ténés y sus numerosos obreros empleados en el trabajo de las minas un verdadero día de fiesta; fiesta de la industria bendecida por la religión, y animada por



Minas de Ténés. — Entrada de la ciudad de Ténés por el lado de la mina.

la alegría que da la esperanza del desarrollo de la riqueza colonial en Africa. A las cuatro de la tarde tuvo lugar un banquete al que asistieron mas de sesenta personas de distincion. M. Fleury presidió este banquete que fué costado por la compañía y coronado por un brillante discurso relativo al objeto de la reunion y en albricias de un acontecimiento que no pueden menos de celebrar todos los amantes de la industria.

**Novedades varias.**

**LOS ANUNCIOS EN INGLATERRA.**

Es evidente que el anuncio entra por tanto en las costumbres del pueblo inglés, que ha llegado á ser una necesidad, una rueda indispensable en la máquina de la civilizacion británica.

Ese periódico gigante, cuyo título no es lícito pronunciar entre nosotros, ofrece una prueba completa de esta verdad; con sus treinta ó cuarenta columnas de *avertissemens*, impresas en menudos caracteres, excepto las primeras palabras, que lo están por lo general de versales. Navegacion, caminos de hierro, propiedades en venta, arrendamientos, alquileres, caballos, perros, carruajes, nuevas publicaciones, cursos de lenguas extranjeras, colegios, plazas solicitadas de profesores, de comisionistas, de secretarios, de lacayos, de doncellas de casa, de cocineras, de lavanderas, etc.; teatros, conciertos, bailes públicos, invenciones y artículos privilegiados de todas clases, pérdidas; en una palabra, desde los

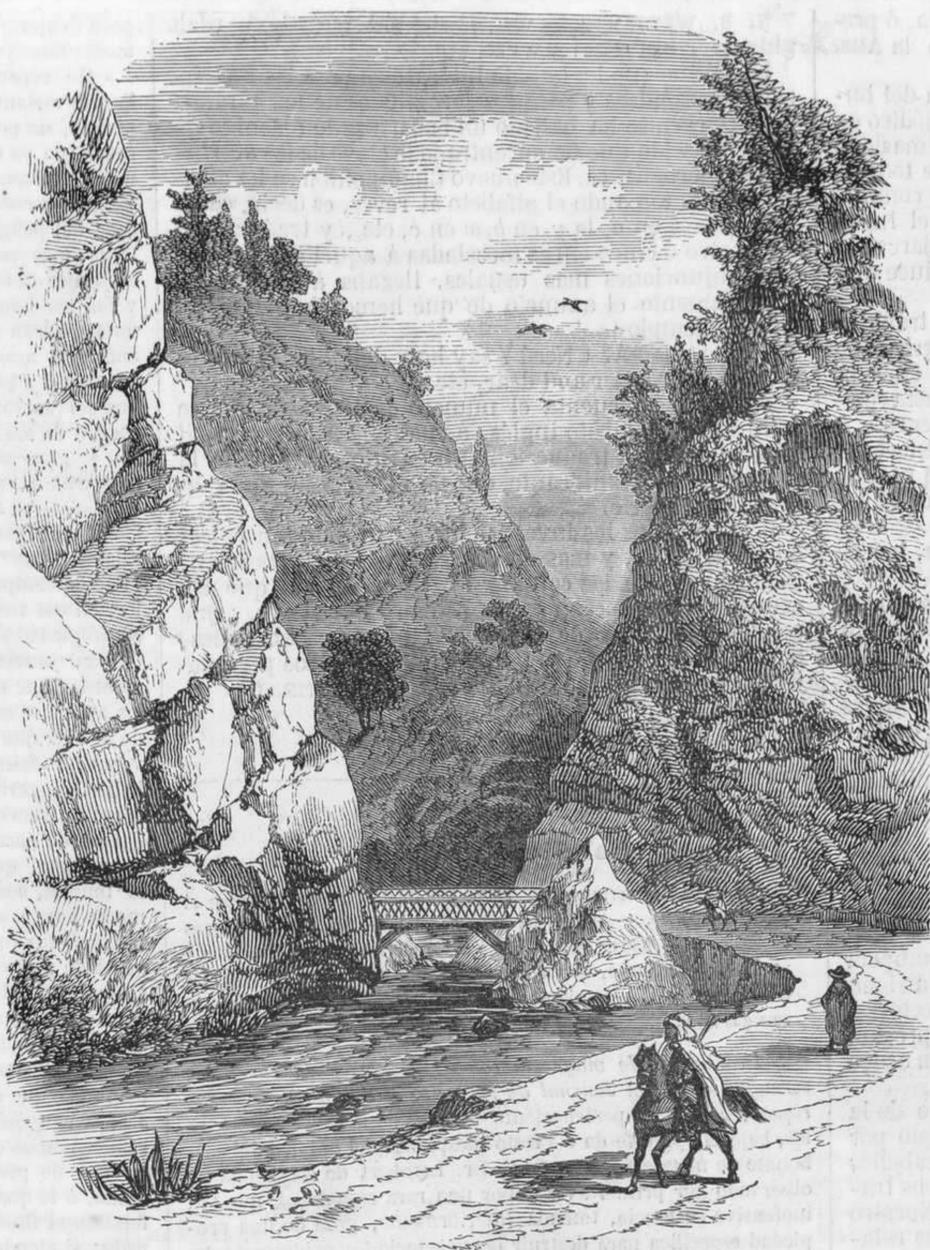
objetos de mas valor, hasta los mas insignificantes, todo se anuncia, todo se publica, todo va á tomar puesto en aquel inmenso bazar de etiquetas. La publicidad sin embargo estaba grabada con un pesado derecho en beneficio del Tesoro, hasta el último bill que acaba de abolirle; el anuncio va á tomar de consiguiente un rápido vuelo, y á crecer y multiplicarse hasta el infinito.

Pero de las numerosas columnas del periódico á que nos referimos, solo vamos á hablar hoy de la columna misteriosa y jeroglífica. Porque hay una que recibe discretamente bajo el velo de simples iniciales ó del nombre de un pueblo, llamamientos llenos de desesperacion, gritos desgarradores que revelan toda una triste historia de familia ó una pasion reducida á llorar en el desierto.

¿Qué dirá el lector, por ejemplo, de esta exclamacion dolorosa, de esta súplica maternal, que para llegar hasta el corazon de un hijo único atraviesa á través del tumulto de la política y el estruendo de los negocios de que llena al mundo el inmenso diario, y viene á colocarse entre los anuncios de relojes y perros perdidos, de los buques á la carga y los conciertos del dia, bajo esta modesta forma?

«A John L. — ¡Hijo mio! ¡hijo mio! tu madre muere si tú no vuelves: apresúrate, serás perdonado.»

En ese país de libertad individual en que el pasaporte es un requisito bárbaro, en que todos pueden circular á su gusto sin tener que dar una sola respuesta á los agentes de la autoridad pública, si un hijo ha cometido una falta, ó cree que tiene motivos para quejarse de la marcha de los asuntos de su casa, hace su maleta y se pierde en ese Océano humano que se llama Londres, donde



Puente americano en el camino de Ténés á la mina.



Inauguracion de la máquina de agotamiento y extraccion en las minas de Ténés:

puede vivir desconocido todos los días de su vida, ó prepara su viaje para América, para las Indias ó la Australia.

Pues ahora bien: mientras aguarda la salida del buque, podrá leer al registrar diariamente el periódico en su taberna favorita, el grito de su madre, y demasiado altivo para volver bajo el techo paterno, sobre todo si es culpable, enviará su despedida por el propio conductor, á fin de que el sello de la carta no revele el lugar desde donde escribe y el puerto en que se embarca, lo que equivaldría á indicar el navío que le conduce ó el punto á que se dirige.

Su proyecto, como el de otros muchos, será trabajar con sus manos en la colonia, ó bien hacerse agricultor ó ganadero. En estos trabajos pondrá toda su energía sajona, todo el genio comercial de su patria, hasta conseguir labrarse una fortuna, y el día en que regrese á su vieja Inglaterra (*Old England*) llevará la satisfacción de haber conquistado la independencia de que gozará en su isla, que es á su parecer la única patria de la libertad.

Así es que el día de la partida de un tráfuga, insertará el diario inglés este anuncio:

« *A Bath.* ¡ Mis queridos padres, adios! No puedo permanecer aquí: parto; dentro de pocos años tendrán Vds. noticias mías. »

Cada anuncio de esta clase supone una historia íntima; porque es la señal de circunstancias excepcionales en la vida de una familia. He aquí otro: ¿ será un llamamiento sincero, un armisticio ó un lazo?

« *A M. W.* Vuestro marido os perdona; tranquilizaos y volved. »

Y esta lamentación:

« ¡ Emilio! ¡ Emilio! ¿ porqué me habeis abandonado? Os aguardo. Siempre vuestra, C. K. »

Estas exclamaciones diversas lanzadas á todos los vientos, en los tres reinos, en las colonias y en el universo entero, por esa boca poderosa, por esa trompeta que resuena en todos los oídos ingleses, no se dirigen mas que á una sola persona entre millares de lectores, y sin embargo, cada uno de ellos recibe una impresion de interés ó de curiosidad, porque la imaginación acoge cuanto ofrece un carácter romanesco.

Un amigo nos mostró cierto día, en el teatro de la Reina, un joven á quien tomamos en un principio por un artista alemán, sin duda porque sus rubios cabellos recogidos por detrás, su frente y su fisonomía, nos trajeron á la memoria á Listz el célebre pianista. Nuestro amigo le conocía por haber tenido con él algunas relaciones comerciales. « Ese joven, nos dijo, es hijo de uno de los directores del Banco de Inglaterra; su familia es poderosa, no tiene mas que veinticuatro años, y ha visitado ya toda la Europa, el Africa, la India y la América. Tiene mucha afición á la música, y pasa por un excelente profesor en este arte. »

Pocos días despues el mismo amigo vino á decirnos: « ¿ Ha leído Vd. en los periódicos el suicidio de una mujer casada, que vivía en el puente de Blackfriars, y en cuya casa se han encontrado cartas que han visto la luz pública? »

— Sí: y esas cartas prueban que la infeliz se ha dado la muerte porque su amante la habia abandonado.

— Pues bien; el amante de esa mujer era el joven que le indiqué á Vd. la otra noche en los italianos. Viajando siempre, no habia parecido en dos años por Inglaterra; esa mujer, que no sabia dónde hallarle, le dirigia todos los meses en los periódicos amargas súplicas acompañadas de una predicción fatal si no le habia vuelto á ver para una época determinada. Admirado de tanta persistencia, volvió el joven expresamente de las Indias á reunirse con ella; pero el marido ofendido amenazó al padre del amante con una acción judicial, lo que produjo violentas disputas entre ambos, hasta que el segundo, predispuesto á un rapto, se embarcó para la Australia, sin despedirse de nadie. La desgraciada mujer viéndose abandonada de nuevo se ha suicidado.

Todo el mundo conoce en Inglaterra el famoso anuncio por el cual una señorita explicaba al público la extraña condicion que su padre habia impuesto ántes de darle su consentimiento para contraer matrimonio. Este padre, creyendo poner un obstáculo imposible de vencer, declaró que no consentiría en el matrimonio de su hija, á menos que llegase á tapizar toda su habitación con sellos de correo que ya hubieran servido.

La joven *miss* se dirigió al público implorando su auxilio, como pudiera haberlo hecho una dama de la caridad solicitando recursos para una obra pia. El resultado fué que de todos los puntos del Reino Unido cayó una inundación de sellos viejos, y que la víspera del día en que espiraba el plazo, toda la habitación de la joven estaba forrada con el busto encarnado de la reina de Inglaterra. El padre original, cogido por la palabra, no tuvo otro remedio que consentir en el matrimonio de su hija, que probó con su habilidad de lo que es capaz una muchacha que desea tener marido.

Dejando á un lado los anuncios simplemente anónimos, pasemos á los jeroglíficos que llenan con frecuencia las columnas del primer periódico inglés.

En esta clase de anuncios, verdaderas esfinges de la imprenta, las consonantes se chocan de un modo mas extraño que en el dialecto salvaje de los esquimales, interrogados en el polo Norte por las tripulaciones que van en busca de Franklin, formando una especie de lengua alemana, danesa ó noruega, elevado á la vigésima potencia.

He aquí una muestra reciente de que trascribimos la primera línea para que los lectores juzguen del resto:

N. B. WZYORMTZ. — WM. rhzb, sid wrortigvu rdzh ghirpvrrer blfi orggi 2 wvzc, etc.

Lo mismo que ha habido intérpretes para las inscripciones faraónicas y para los jeroglíficos de las pirámides egipcias, se ha hallado un encarnizado enemigo de lo desconocido que ha encontrado la clave de los *avertissements* jeroglíficos. Este nuevo Champollion se ha apercebido que tomando el alfabeto al revés, es decir, cambiando la *z* en *a*, la *y* en *b*, *x* en *c*, etc., y traduciendo las cuatro ó cinco cifras mezcladas á aquella prosa por las conjunciones mas usuales, llegaba á interpretar perfectamente el anuncio de que hemos hablado. He aquí el ejemplo:

MY DARLING A. « Need Y say how delighted Y was to receive your letter and dear, etc. »

Teniendo en cuenta el número de letras de que se compone el alfabeto inglés, á cualquiera le será fácil hacer la propia traducción. En cuanto al resto de la carta es tan insignificante, que no merecía sin duda semejante misterio.

Pero no todos los investigadores han sido tan felices en sus trabajos, y mas de cuatro corresponsales se entienden solos en las columnas del periódico de que nos ocupamos, á despecho de sus numerosos lectores. ¿ Qué pueden efectivamente decirse en su lengua cabalística, en las barbas de todo el Reino Unido, esos dos personajes misteriosos que se firman « Simpi y Doorma? »

### Boletín científico.

**Dstrucción de las verrugas.** — Tratamiento del envenenamiento por el ácido cianhídrico. — Aparato electro-magnético de Breton. — Sus usos en medicina. — Asfixia por el éter y el cloroformo. — Por sumersion y el ácido carbónico. — Cauterío eléctrico. — Líquido para quitar las manchas de grasa. — La nitro-bencina reemplaza la esencia de almendras amargas en la fabricacion de los jabones.

**Del carbonato de magnesia como específico para curar las verrugas.** — En el *Journal de Medecine et de Chirurgie pratiques*, cuaderno perteneciente al mes de agosto de 1852, se lee, bajo el epigrafe de « Efecto inesperado del empleo del carbonato de magnesia, » que el Dr. Lambert de Hagenan ha observado por primera vez y por una rara casualidad, que tan inofensiva sustancia, tomada interiormente, goza de una propiedad específica para destruir las vegetaciones epidermoideas, conocidas con el nombre de verrugas.

Lo que al práctico francés le enseñó una feliz coincidencia, que fijó su atención para lo sucesivo, acaba de ser observado por el señor Rodriguez y Espinosa en el siguiente caso:

La señorita Fermina Mermejo, de diez y siete años de edad, de temperamento florido y perfectamente desarrollada, indicó al señor Rodriguez la satisfacción que tendria en ver libres sus manos de las numerosas y antiguas verrugas que á aquellos miembros infestaban.

El señor Rodriguez recordó el carbonato de magnesia preconizado por Lambert, é inmediatamente dispuso media onza de aquel para tomar por mañana y tarde lo que cupiese en una cucharilla de café, suspendido en un poco de agua. Era el 7 del mes pasado cuando la joven Mermejo dió principio al tratamiento magnésico, el cual ha dado por resultado la atrofia y caída de los numerosos hongos dermoideas, que tanto en el dorso como en la cara palmar de ambas manos hacia tiempo habianse desarrollado.

El indicado tratamiento ha durado desde el 7 hasta el 24, esto es, 17 días, en cuyo tiempo hase gastado algo mas de una onza del agente terapéutico.

**Investigaciones sobre el ácido cianhídrico.** — *Uso del fluido eléctrico en los irracionales.* — Bajo este título ha publicado el señor Ferrer y Garcés, catedrático de la Facultad de medicina de Barcelona, una memoria que trascribimos, reservándonos hacer las objeciones que nos ocurren al fin de ella, porque de ese modo creemos que podrán nuestros lectores formarse un juicio mas claro.

Dice el señor Ferrer:

« La propiedad eminentemente venenosa del ácido cianhídrico y la poquísimas eficacia de los remedios que se emplean en los casos de intoxicación, me decidieron, hace ya bastante tiempo, á ensayar la acción del fluido eléctrico como uno de los agentes capaces por su actividad de producir efectos mas pronto y sensibles. »

« Instiladas dos gotas de ácido cianhídrico puro en el ángulo interno del ojo de un conejo, murió este casi instantáneamente, como si hubiese sido herido por el rayo. Murió he dicho, pero la palabra no es exacta. Se presentó como muerto, con insensibilidad completa, inmóvil, rígido al principio, pero relajado de músculos despues, y con los ojos algo vidriados. Conservaba, sin embargo, el calor. Despues de trascurrido cerca de un cuarto de hora, lo coloqué en el taburete aislante de la máquina eléctrica, establecí comunicación entre el conductor y la boca del conejo por medio de una cadenita metálica, é hice dar algunas vueltas al disco. Cinco minutos habian pasado apenas cuando el conejo empezó á experimentar en todo su cuerpo ligeros movimientos convulsivos, los cuales fueron adquiriendo sucesivamente mayor energía, alternados con un estado de postración é insensibilidad iguales á los anteriores. Continuando la rotación del disco, se observó que cada vez iban siendo mayores los intervalos de inacción, hasta que obediendo el cuerpo del animal al estímulo del fluido eléctrico de una manera casi continua, permitió fijar algo mejor el juicio acerca del fenómeno que se estaba observando. Al cabo de una hora poco mas ó menos, y despues de algunas interrupciones, el conejo, que repetidas veces habia intentado levantarse, aunque en vano, pudo ya verificarlo, sosteniéndose por entónces con

poca firmeza. Al siguiente día corría por el laboratorio enteramente sano y recobradas completamente sus fuerzas. »

« He repetido muchas veces el mismo experimento, y con ligeras variantes he obtenido siempre el mismo resultado. Un pichón, un pollo, envenenados con el ácido cianhídrico y colocados, no ya sobre la mesa aislante, sino sobre el conductor de una máquina eléctrica, agitóronse de la misma manera en movimientos convulsivos despues de muy pocos minutos, salvándose del peligro que habian corrido. Semejantes resultados, tanto mas satisfactorios para mí, cuanto que me habia sido imposible obtener otros iguales con el cloro, con el amoniaco y con los demás antidotos señalados por los autores de mas nota, podrán abrir el camino á ulteriores investigaciones, y aumentar acaso para la especie humana el catálogo harto corto en verdad y por desgracia poco significativo de los contravenenos del ácido prúsico. Entretanto, he aquí las cuestiones que surgen de los hechos referidos:

» 1. ¿ Las señales de vida observadas en los animales que se sujetaron al experimento, son debidas á la cesación de la virtud deletérea del veneno ó al poder del fluido eléctrico? »

» 2. En caso de ser este último, ¿ de qué manera obró el mismo fluido? ¿ Fué excitando el sistema nervioso solamente? ¿ Fué descomponiendo el ácido en sus dos, ó para decirlo mejor, en sus tres elementos y despojándolo, por consiguiente, de su propiedad mortífera? »

« Para contestar á la primera de estas dos cuestiones, conviene recordar que el ácido cianhídrico, al ejercer sobre el cuerpo de los animales su funesto influjo, no lo hace siempre extinguiendo la vida que los anima, sino que, siendo su actividad algunas veces *insuficiente* para ello, ora por hallarse alterado, ora por haberse ingerido en cantidad proporcionada, se limita á obrar como un veneno estupefaciente, que mantiene en un estado peligroso de narcotismo al animal sometido al experimento. Esta narcotismo, que algunas veces es tal que se asemeja mucho á la muerte, suele durar algunos minutos, un cuarto de hora, media hora y aun mas; siendo por lo mismo posible que un conejo, en cuya lengua ó conjuntiva se hayan instilado algunas gotas de ácido cianhídrico, vaya poco á poco recobrando sus fuerzas por haber ido disminuyendo en proporcion la actividad del veneno introducido. En tal caso, si la aplicación del fluido eléctrico coincide con la rebaja del poder tóxico, no será fácil determinar siempre cuál de estas dos sea la verdadera causa del fenómeno que dejamos consignado, ó si esto es debido mas bien á la acción compleja y simultánea de entrambos. Con todo, si reflexionamos que las señales de vida casi siempre sobrevienen al cabo de pocos minutos de haber empezado á obrar la máquina, ó lo que es lo mismo, muy poco despues de haberse difundido el fluido eléctrico por el cuerpo del animal envenenado; si atendemos á que las alternativas de movimiento y de quietud de la misma máquina determinan casi siempre alternativas de movimiento y de sensibilidad; si, finalmente, recordamos que la mayor ó menor actividad del fluido debida á las buenas condiciones naturales ó preparadas de la máquina, produce efectos proporcionalmente mayores ó menores, parece deberémos concluir que el restablecimiento del conejo, del pollo ó de otros animales, debe atribuirse á la virtud del fluido eléctrico, y no á la cesación de la potencia estupefaciente del ácido prúsico. »

« Admitiendo ahora la precedente conclusion, podemos, así á lo menos nos parece, suponer sin mucha dificultad, que la acción estimulante del fluido eléctrico, obrando en el cuerpo del animal, y muy particularmente en el sistema nervioso que, segun todas las probabilidades, es el que de una manera mas pronta y funesta experimenta la virtud del ácido matador, despierta la sensibilidad por mas ó menos tiempo adormecida, restituyendo por grados la regularidad de las funciones. Semejante suposición, que parece la mas natural, está además confirmada por varios argumentos de analogía que nos autorizan á considerar el restablecimiento del conejo y de otros animales como el resultado ordinario de una sustancia eminentemente activa. Pero ¿ no es tambien posible que el fluido eléctrico, insinuándose por los mas recónditos puntos de la economía, y puesto en contacto con el veneno en aquellos mismos donde este acaba de ejercer sus estragos, obre sobre él descomponiéndolo, esto es, separando uno de otro los elementos que lo constituyen y neutralizando su acción destructora? »

« No hay duda que la descomposición del ácido cianhídrico, en caso de verificarse, se concibe mas fácilmente realizable mediante la acción de la pila voltaica; pero no la consideramos imposible con el auxilio del fluido eléctrico excitado en la máquina de su nombre, ora se verifique por corriente, como seria en los casos de nuestro experimento, ora por medio de la chispa, segun estamos acostumbrados á ver parecidos efectos cuando con ella obtenemos á un mismo tiempo la síntesis del agua y el análisis del aire en las demostraciones eudométricas. »

La memoria del señor Ferrer presenta algunos detalles prematuros, pero en el fondo nos descubre un hecho verdadero, y creemos deber, en honor de la verdad, refutar los errores que encierra, para hacer apreciar su verdadero mérito. En primer lugar, si es cierto que la chispa eléctrica y las dos electricidades de la pila pueden verificar combinaciones y descomposiciones, nada nos conduce á creer que la sola electricidad *vitreá* posea esa propiedad; lejos de eso, seria un hecho no visto la descomposición de cualquier cuerpo sometido á ella. Así pues, la descomposición del ácido cianhídrico en esa circunstancia nos parece mas que problemática. La objeción mas grave que se nos ocurre es sobre la forma con que el señor Ferrer emplea la electricidad. Su conejo fué sometido simplemente á un baño eléctrico, cuyos efectos son poco sensibles en general.

Algunas veces se han obtenido buenos resultados empleando el baño eléctrico, pero entónces se ha determinado la formación de la chispa en las partes que se querian excitar; nunca se han logrado resultados apreciables cuando el individuo estaba sometido al baño eléctrico sin formación de chispa. Los baños eléctricos no penetran nuestros tegidos, y su acción es enteramente superficial.

Para obrar profundamente sobre nuestros órganos y obtener

fenómenos bien marcados, es necesario someternos á la acción de la botella de Leyden ó á la pila. En ambos casos se experimenta una fuerte conmoción debida á la neutralización de las electricidades contrarias, pero con la botella de Leyden los efectos son instantáneos, mientras que con la pila son continuos. Así pues, el uso de la pila fué adoptado durante mucho tiempo para hacer obrar la electricidad sobre la economía animal, pero hoy ha sido abandonada y reemplazada por las corrientes de inducción. Se sabe que las corrientes de inducción enjendradas por la rotación de los imanes producen todos los efectos fisiológicos, químicos y físicos, que se obtienen con las corrientes de la pila ordinaria. La producción de calor y de luz, la descomposición del agua y las conmociones de los animales son las mismas que las que se obtienen por medio de la pila.

Los aparatos electro-magnéticos presentan algunas ventajas sobre la pila; su uso es mas cómodo, su intensidad se gradúa fácilmente, segun la mayor ó menor distancia de los imanes á los multiplicadores, y de la mayor ó menor rapidez del movimiento de rotación. Sin embargo, presentaban dos inconvenientes muy grandes, que habian impedido que se propagase su uso; eran muy costosos y demasiado voluminosos y pesados. Uno de los constructores mas périto de la Francia, el señor Breton, ha hecho desaparecer esos inconvenientes y construido un aparato que creemos debiese estar entre las manos de todos los médicos, porque es tan necesario como una lanceta. Sirviéndonos del aparato-Breton, hemos visto, como dice el señor Ferrer, que la electricidad *acelera el restablecimiento* de los animales que han ingerido una cantidad de ácido prúsico inferior de lo que es necesario para matarlos; pero, cuando á un animal se le ingiere la proporción de ácido prúsico suficiente para matarlo, la electricidad no impide la acción del veneno. Hemos hecho experimentos sobre conejos; uno de los conductores del aparato fué introducido en la boca y el otro en el ano.

¿Cómo obra la electricidad? Excitando el sistema nervioso, y para hacerse cargo de la manera como se opera esta excitación, es necesario recordar la acción del ácido cianhídrico sobre el sistema nervioso. Este ácido destruye una de las propiedades mas importantes del sistema nervioso, su excitabilidad por medio de la electricidad, lo que indica que altera su composición.

Se sabe que los nervios de los animales que perecen en el hidrógeno, en el azoe, en el cloro, sometidos á la acción de la corriente eléctrica, no presentan diferencia alguna si se comparan con los animales que han dejado de existir sin haber experimentado la acción de esos gases. Pero cuando un animal ha sido muerto por medio del ácido cianhídrico, sus nervios no se excitan sometidos á la acción de la electricidad. (*Matteucci. Lecciones sobre fenómenos físicos de los cuerpos vivientes, pág. 239.*)

Supongamos que un animal haya ingerido una cantidad de ácido prúsico insuficiente para matarlo, sin embargo, habrá obrado sobre el sistema nervioso, cuyas propiedades habrán modificado. La electricidad empleada excita el sistema nervioso, le devuelve lo que habia perdido y restablece el animal.

Hemos dicho que el aparato-Breton era tan necesario al médico como la lanceta; en efecto, todos los días el médico práctico usa el éter y el cloriformo en las operaciones quirúrgicas, y por consiguiente expone á la asfixia el paciente que opera. El Dr. Abeille ha probado hasta la evidencia que el único medio que posee el cirujano de prevenir la muerte, es someter el enfermo á la acción de la electricidad. También se emplea para volver á la vida en otros casos de asfixia, como la asfixia por sumersión ó por el ácido carbónico. En el envenenamiento por el opio, y en general por todos los hipos tenisantes. Otra de sus aplicaciones, y quizá una de las mas importantes, es la cauterización de las partes profundas. Este método de cauterización permite que el instrumento penetre al través de los tegidos sanos *sin obrar sobre ellos*, y que vaya á buscar el punto enfermo sobre quien se quiere obrar; con el hierro caudante es necesario, para llegar al punto que se trata, atravesar los tegidos buenos, que se queman de camino. ¿Quién ignora los buenos efectos de la electricidad en la parálisis? Otras enfermedades se tratan también con mucho éxito por este medio; pero es inútil detenernos mas sobre este punto, puesto que solo queríamos probar que era cierto que el aparato-Breton era tan necesario como una lanceta, y creemos con la enumeración de sus usos haberlo probado.

*Nuevo líquido para quitar las manchas producidas por los cuerpos grasientos.* — Uno de los farmacéuticos mas conocidos de París, el señor Collas, acaba de aplicar la propiedad que tiene la benzina de disolver todos los cuerpos grasientos, para quitar las manchas producidas por ellos sobre los tegidos, sobre los muebles por el frote de las manos ó de los cabellos. Parece á primera vista que otra cualquier substancia, que como la benzina tuviera la propiedad de disolver los cuerpos grasos, podría ser empleada en su lugar: las ventajas del uso de esta última consisten, en que no se resinifica al contacto del aire, como le sucede á la mayor parte de las esencias vegetales, y por lo tanto no deja vestigio aparente en el tegido que ha impregnado; se volatiliza mas pronto que las esencias de trementina ó de limon, y no deja el olor persistente y desagradable de estas últimas.

Por medio de la benzina se obtiene un producto nitro-benzina, cuyo olor, semejante al de las almendras amargas, permite que se emplee en la perfumería para preparar los jabones llamados de almendras amargas.

En los laboratorios de química se usó la nitro-benzina para preparar la anilina.

A. REYNOSO.

Este descubierto en Berlin por M. Brunhs, en la noche del 11 al 12 de setiembre ha sido observado en Roma el día 23. El padre Rosa, astrónomo agregado al colegio romano, dice en el *Diario Oficial* que el cometa se ha presentado al telescopio cerca de la estrella S del Leoncillo. Se parecia á la nebulosa de Hércules, un poco mas pálido, y no tenia cola, sino un centro, (*nucleo*) muy distinto y bastante brillante para sostener una luz media del campo del telescopio. Se compara á una estrellita (*stellina*) de un tamaño décimo.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Apreciación de la moda. — De lo que es París en el día. — La moda en Chantilly. — Fisiología de varios sombreros de otoño. — Transformación de la pluma. — Las mangas Lavalliere y las mangas Enrique III rivalizan con las mangas á la Guisa y con las mangas Antonieta. — Conjunto de varias novedades. — Descripción del figurin.

París ostenta ya una parte de los esplendores que deben deslumbrar este invierno. Lo que mas llama la atención son las nuevas formas y el brillo de los colores en las telas; es como un panorama donde se reflejan todas las modas conocidas, todas las modas de la historia. Los nombres se cruzan también en confusión: Lavalliere y el tío Tom; Luis XIII y Pomaré; Regencia y Emperatriz; Arlequin y Sardanápalo. Hasta se han ido á buscar modelos á la casa de fieras, y la prueba es que se ven hombres paseando con chalecos y pantalones pintados de osos, panteras, cocodrilos, hipopótamos y otras rarezas por el estilo.

Así, preciso es convenir en que se va perdiendo en Francia el buen gusto. A fuerza de fantasía se llega á lo grotesco y á lo ridículo.

Quizás se me dirá que hablo contra la moda, pero mi disculpa está en que profeso el culto de lo bello, de lo elegante, y por eso me chocan las excentricidades del día.

Sin embargo, tengo que dar cuenta aquí de todas las novedades, sean cuales fueran, que van á inaugurar la estación del invierno, y voy á hacerlo; pero antes voy á decir dos palabras sobre el cambio que se opera en París, la ciudad mas caprichosa del universo.

En este instante París está anegado en un lago de lodo, y se hallan interceptadas las comunicaciones entre vecinos y vecinas de un boulevard á otro. Ya se imagina la construcción de puentes levadizos, y la industria busca el mejor medio de explotar ese mar de lodo que da á París una fisonomía igual á la que tenia en tiempo de Lutecia, cuando el sol se alza radiante y abrasador como en los días mas calorosos del estío. No estamos en invierno, sino en la primavera; pero esto durará cuarenta y ocho horas; los vientos de otoño llegarán mañana, y con ellos la lluvia, ese azote del clima parisiense. Todo se halla bien cambiado en nuestro pobre suelo; los hombres, la política y las modas corren parejas con las cosas. Apenas la patata está convaleciente, cuando la viña cae enferma de peligro. El sistema planetario se halla trastornado.

Dejemos, pues, á París hasta nueva orden y hablemos de la moda, tomándola primeramente en las carreras de caballos de Chantilly.

Hay sitios predestinados, lo mismo que hay recuerdos inmortales. Chantilly es uno de esos palacios encantados que forman la leyenda de nuestro pasado de nobleza, de elegancia, de lujo, de trajes y de fiestas que resplandece en nuestra historia.

Chantilly, esa blanca coqueta, situada en el fondo de un bosque real, es el medallón grandioso y perenne de esa grande raza de los Condés, que no pensaban mas que en fiestas y batallas, caballos y cacerías, y que habian hecho de su residencia favorita una de las maravillas europeas.

Hoy que tantas borrascas han arrancado de raíz nuestras antiguas tradiciones, Chantilly conserva aun ese sello marcial, esas caballerizas maravillosas que iban á admirar todos los potentados de Europa.

La moda y el turf han ido á consagrar ese palacio de los caballos de hermosa raza, en las fiestas hípicas, despertando cada año los antiguos ecos de su bosque magnífico.

El domingo último, la solemnidad de las carreras tenia una animación y una importancia inusitadas.

El Emperador habia señalado un precio especial de 10,000 francos, y esta suma añadida á las demás, formaba un total bastante crecido. Las demás carreras habian sido acogidas por el público con una especie de impaciencia, pues se deseaba llegar al desenlace, al gran drama del día.

Yo no podía soportar los ojos de *Jouvence*, esa graciosa é inteligente reina de las carreras del año actual; *Jouvence*, que volvia de Inglaterra cargada de laureles y de libras esterlinas; *Jouvence*, la gloria de la raza parisiense. Por eso todas las apuestas estaban en favor de *Jouvence*, que se paseaba con la cabeza erguida como quien triunfa siempre.

Principió la carrera. Toda la gente palpitaba de emoción... La lucha fué magnífica... ¡pero *Jouvence* quedó vencida!... ¡Eso para que nos fiemos en las reputaciones! Yo eché á *Jouvence* mi postrer mirada, y luego volví los ojos al gracioso círculo de las lindas mujeres que deslumbraban el hipódromo con su lujo y elegancia. Todas las actualidades del otoño brillaban allí; la moda habia suministrado para esta solemnidad sus creaciones mas originales.

Vi sombreros que me dejaron admirada. Habia uno, grosella y negro, dos matices inseparables y muy en voga; era de tafetan plegado, con dos ramitos de plumas á la Médicis.

Otro sombrero habia azul celeste con *ruches* de blonda, entre lazos de cinta azul. El ala, calada toda, estaba abarquillada con la elegancia que se vió en los sombreros del tiempo de Luis XV.

Todo al rededor se veia una guirnalda de plumas azules, tan caprichosamente rizadas, que parecian encaje de lo mas fino.

También vi otro sombrero de color de rosa, que parecia un verdadero vestido con volantes. En efecto, el sombrero todo se componia de tres grandes volantes; en el ala se veian tres guirnalda de flores color de rosa, de crespón, alternando con otras guirnalda de flores blancas.

Es el sombrero mas fresco y mas bonito que he visto en mi vida.

Por último, se distinguia también otro sombrero de tafetan color de rosa con manchas negras y bandas de cisne blanco; la gracia del sombrero hacia perdonar la originalidad de sus adornos.

Sí, la originalidad está á la orden del día. Se acabó el tiempo en que todos los sombreros se llevaban aplastados; hoy domina la fantasía. Ayer triunfaban las mangas Luis XV; hoy reinan las mangas Lavalliere.

Principio por decir que estas mangas á la moda son afolladas, como las que se ven en los retratos de la Lavalliere; pero tan afolladas que da miedo. Componiase de tres pequeños afollados, cogidos por un puño, ó por una *ruche*, y que acaban en dos volantes de tafetan ó de encaje, abriéndose en pagoda.

Mucho tardará la moda en adoptar estas mangas Luis XIV, pero justamente por eso son ahora muy distinguidas.

Además hay otras mangas; las mangas Enrique III, las mangas á la Guisa, las mangas Antonieta, y las mangas Ana de Austria.

Las mangas Enrique III recuerdan exactamente las de los justillos de aquellos hermosos mozelvetes que, á menudo, pagaron con la cabeza los caprichos y el favor de un soberano.

En cuanto á las mangas á la Guisa, estas son aplastadas y anchas, como las mangas ordinarias, y acaban en cinco cuchillos cogidos en un pequeño puño. A través de cada cuchillo, oculto con una *ruche* de cinta de distinto color, se ve un segundo cuchillo de tarlatana ó de encaje.

Las mangas Antonieta son aplastadas y se detienen en el codo, de donde caen en volantes guarnecidos de encaje. Sobre los volantes se ve una *ruche* ó un afollado.

Las mangas Ana de Austria son abiertas por el brazo, con presillas y nudos de cintas.

De todas estas mangas caprichosas y variadas resulta que, por decirlo así, no hay moda real en cuanto á mangas. Lo mismo sucede con los corpiños, que se hacen subidos ó abiertos, con faldetas y sin ellas. El corte también es de capricho.

Lo mas elegante que he visto es el *Nabad*, especie de esclavina cuya riqueza justifica suficientemente su espléndido nombre. En los hombros se ven dos nudos cuadrados ribeteados de galones de terciopelo escocés labrados en negro, de donde penden volantes de encaje con largos picos. En lugar de manga hay una abertura con una guarnición de encaje.

El segundo término figura la *Dogaressa*, que es un ancho talma de terciopelo, con una guarnición de encaje. El delantero y la espalda son aplastados y dibujan el talle. En el pecho y todo al rededor se ve una ancha cinta de pasamanería.

Después tenemos la capa moscovita, de terciopelo, espléndidamente adornada con pieles artificiales. Es imposible imaginar una prenda mas rica.

Terminaré señalando una *Clotilde*, pequeña rotunda de terciopelo, cuyo cuello abotonado por delante se parece á una esclavina Mazarina. La manga está simulada por medio de un hombro que se obtiene conservando toda la anchura de la tela bajo la costura que parte del delantero y sube hasta sobre el brazo. En el puño flota un lazo de cintas. Al rededor de la capa se ve un largo galon de raso.

Ahora hablemos de nuestro figurin, que se adelanta á la estación de los bailes, representando varios prendidos del mejor gusto.

La primera mujer que está sentada lleva un vestido de tafetan verde primavera, con una falda sin ningun adorno, y un corpiño con faldetas rizadas. Por detrás dos lazos de cintas con puntas flotantes dibujan un caraco. La escotadura del corpiño también va rizada. Las mangas llevan dos volantes rizados, levantados con un lazo de cinta. El cuello es un afollado de tarlatana, vaporoso como una gasa. Cabellos derechos por la raíz con una gruesa trenza que rodea la cabeza como una corona. Brazaletes de terciopelo verde, cerrados con tres botones de diamantes; la graciosa jóven está convidando á tres amigas á tomar una pastilla.

La mas hermosa de las tres es la encantadora duquesa de B... ¡Qué hermosos son sus cabellos rubios, y qué incomparable su prendido blanco! Nueve volantes de tarlatana festoneados de seda blanca adornan una falda de tarlatana que se refleja sobre raso blanco. El corpiño representa una berta de pequeños afollados de tarlatana, terminados por un volante festoneado. Sobre esta berta, bien escotada, hay tres sesgos de flores de jardín, que deben estar en armonía con la guirnalda y el ramillete de la mano. Guantes blancos, estilo mosquetero. En el brazo derecho se ve una cinta de oro cerrada con un jacinto rodeado de brillantes; y en el izquierdo tres galoncitos de oro con esmaltes de azul de Sevres, se hallan cogidos juntos por tres presillas colocadas á cinco centímetros de distancia.

Detrás de esta linda duquesa se ve una risueña jóven de diez y ocho años con un vestido de gasa color de perla. Este traje es de una sencillez encantadora. La falda lleva cuatro volantes terminados en dos *ruches* de tul ilusión, que serpentean en grandes festones puntiagudos. Al borde de cada pico hay un lazo mariposa. El corpiño es aplastado y escotado, con una berta afollada de *ruches* en tul y de lazos de cintas.

En último término se ve una jóven en traje de color de rosa. Su vestido de gasa lleva tres altos volantes con rayas satinadas. El corpiño lleva dos volantes; la berta va alzada en cada hombro, con un doble lazo de cinta, sin puntas sueltas. Peinado á la griega, con flores, y abanico Watteau.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

El año 1853 será decididamente citado por los cometas. Ya estamos en el cuarto que quizá no será el último.

## Necrología.

M. BELLOT

Teniente de navío y caballero de la orden imperial de la Legión de Honor.

Como ya saben nuestros lectores, M. Bellot, teniente de navío de la marina imperial acaba de morir, víctima de su noble carácter que por la segunda vez le arrojó al polo boreal en busca del desgraciado Franklin; cuyo destino ha excitado las mas vivas simpatías. He aquí en pocas palabras la biografía del malogrado M. Bellot.



Bellot, teniente de navío.

I

Nació M. Bellot en París el 18 de marzo de 1826, y fué admitido á la edad de quince años en la escuela naval donde desde luego reveló el germen de las cualidades morales é intelectuales que no cesaron de desarrollarse en medio de las rudas pruebas de la carrera á que se había consagrado por una vocación natural. Cuando salió de la escuela naval figuró el quinto entre los ochenta alumnos de segunda clase de que se componía la promoción del 1.º de setiembre de 1843.

En 1843, hallándose en la corbeta *le Berceau*, se hizo notar por su intrepidez, contribuyendo á salvar la vida á un hombre que se había caído en el mar. El comandante del buque decia al ministro de Marina lo siguiente acerca de M. Bellot:

« Su puesto está en todas partes donde es necesario dar el ejemplo y arrostrar el peligro. »

En el mismo año, y formando parte de la expedición que se dirigió á la isla de Madagascar, recibió su bautismo de sangre: en el momento en que este joven marino clavaba una pieza de cañón fué gravemente herido por un jefe enemigo á quien él castigó muy pronto levantándole la tapa de los sesos de un pistoletazo. Concluida la expedición, que fué muy sangrienta, M. Bellot mereció el honor de ser propuesto para la cruz de la Legión de Honor que le fué conferida por real decreto el 2 de diciembre de 1843, es decir cuando todavía no había cumplido los 20 años.

De la corbeta *le Berceau* que se perdió poco tiempo despues, y donde él hubiera perecido infaliblemente, pasó M. Bellot á la fragata *Belle-Poule*, de sesenta cañones, donde fué agregado á la mayoría de la estación, encargándose en ella de un servicio especial, lo que no le impidió explicar un curso de geometría y de navega-

ción á los marinos que queriendo entrar en la marina mercante debían sufrir un exámen teórico-práctico á su vuelta. El 1.º de noviembre del año siguiente M. Bellot fué promovido al grado de alférez de navío, en cuyo empleo se condujo con inteligencia y honor, mereciendo repetidas veces ser recomendado por sus superiores al gobierno.

Hallábase esta esperanza de la marina francesa empleado en la fragata *Triumfante* que acababa de hacer un viaje á la Oceania, cuando á su vuelta desembarcó siendo agregado á la compañía del depósito, desde donde escribió al ministro el 8 de mayo de 1851 pidiéndole autorización para asociarse á la nueva expedición que debía dirigirse al Norte en busca del capitán Franklin. Esta autorización le fué concedida, y su proposición aceptada por lady Franklin, mereció la mas simpática acogida en Inglaterra. El 5 de febrero de 1852 M. Bellot ascendió á teniente de navío, en recompensa de sus servicios y valor que habían merecido los elogios de todos los que podían apreciarlos.

II.

Dos siglos hace que los navegantes se ocupan en el problema, resuelto de pocos dias á esta parte, relativamente al paso del polo Norte.

En 1845, sir John Franklin y sus intrépidos compañeros salieron de la Gran Bretaña con el deseo de llegar á la resolución de este problema, y nada ha vuelto á saberse de los esforzados marinos que emprendieron esta ya célebre y deplorada expedición. ¿Habrían perecido todos, ó esperaban su libertad en aquellas lúgubres regiones donde el termómetro centígrado llega á 56 grados bajo cero: donde el contacto del hierro produce por el exceso del frío el mismo efecto que si estuviera enrojecido por el fuego, donde, en fin, apenas se hallan seres dotados de vida?



Trajes de los marineros en los mares del Norte.

Tal era aun la esperanza de lady Franklin cuando hizo construir y equipar á sus espensas la goleta *Principe-Alberto*, en la cual M. Bellot tuvo el honor de representar á la marina francesa. La primera expedición duró desde el 13 de mayo de 1852 hasta el 10 de octubre del mismo año, y el comportamiento que en ella tuvo el teniente Bellot puede juzgarse por el siguiente parte que el capitán de la goleta dirigió al almirantazgo inglés:

« No encuentro palabras suficientes para expresar la admiración que me ha causado la conducta observada por M. Bellot, que nos ha sido muy útil por sus conocimientos científicos, por su arrojo y por el valor que ha sabido inspirar á todos con su alegre serenidad. » Este parte concluye con las siguientes palabras: « Durante tres meses hemos dormido en casas de nieve, etc. »

El esforzado Bellot recibió á su vuelta las mas estimables muestras de afecto y consideración de parte de lady Franklin, del gobierno de Inglaterra y del ministro de la marina francesa, muestras que había recibido tambien durante la expedición de parte de los marinos ingleses que tuvieron siempre enarbolado el pabellón francés junto á sus colores nacionales. Además la sociedad geográfica de Lóndres queriendo perpetuar la memoria de la participación que este joven había tenido en la expedición del *Principe-Alberto*, dió el nombre de *Bellot-Strait* á un estrecho situado en el fondo de la bahía de Brentford.

III.

Aprovechando su permanencia en París, M. Bellot se entregó con ardor á todos los estudios que podían asegurar el mayor acierto en una nueva tentativa para encontrar á sir John Franklin y sus compañeros, cuando supo que se preparaba una segunda expedición con este objeto que él había calificado de santo en su *relación de la compañía del Principe-Alberto*.

Como era consiguiente, M. Bellot tomó parte en esta nueva expedición, y el 14 de junio de este año, hallándose en Groenlandia bajo las órdenes del capitán Inglefield, escribió al ministro de Marina estas líneas, las últimas que el desgraciado debía trazar:

« Habeis querido dar un testimonio de vuestras simpatías por los esfuerzos que Inglaterra y lady Franklin han hecho á costa de grandes sacrificios proporcionándome el gusto de servir en esta segunda expedición. Yo espero no mostrarme indigno de este favor, señor ministro, y me considero desde ahora recompensado con los homenajes que por doquier se han tributado á mi uniforme, así como de las atenciones de que he sido objeto entre los oficiales de la marina real de Inglaterra. »

El capitán Inglefield, comandante del *Fénix*, buque en que había partido M. Bellot, ha llegado hace poco á Lóndres anunciando á la vez el descubrimiento del paso, largo tiempo imaginado, del Noroeste, y la cruel pérdida del valiente oficial francés.

Damos hoy á nuestros lectores el retrato de M. Bellot, y un diseño del traje que vestía en el momento de su muerte, traje que necesariamente han de vestir los que llegan á las heladas regiones polares.

He aquí el despacho del capitán Inglefield relativamente á esta catástrofe:

« He recibido por una carta del capitán Pullen la triste noticia de la muerte de M. Bellot que había sido enviado por dicho capitán á conducir despachos á sir Edward Belcher. Este desgraciado suceso ha tenido lugar en la mañana del huracán. M. Bellot acompañado de dos hombres, caminaba sobre hielos flotantes de donde fué arrojado por un fuerte viento y murió al momento ahogado entre los hielos. Sus compañeros se salvaron milagrosamente, y despues de haber pasado treinta horas sin comer pudieron reunirse á sus compañeros que les dieron provisiones. Entónces volvieron todos al buque trayendo los despachos, pero tres de ellos han quedado incapaces para el servicio. »

« Una carta particular dará á ustedes mas detalles sobre la muerte de este excelente oficial que ha sido sinceramente llorado por todos nosotros. Su celo, su inteligencia y su carácter le habían conquistado el amor de todos sus compañeros. »

F. CH.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

## PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de París, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresión sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

## SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 » »
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 13 » »	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 » »
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 13 50 macq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.....	\$ 12 75 »	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 » »	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.